



¿Qué es la infancia?
Consideraciones psíquicas y culturales alrededor de la infancia

Sebastián Orozco Quintero

Monografía presentada para optar al título de Especialista en Problemas de la Infancia y de la
Adolescencia

Asesor

Eladio Humberto Acosta Mesa, Magíster (MSc) en Ciencias Sociales

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Especialización en Problemas de la Infancia y de la Adolescencia
Medellín, Antioquia, Colombia
2023

Cita	(Orozco Quintero, 2023)
Referencia	Orozco Quintero, S. (2023). <i>¿Qué es la infancia? Consideraciones psíquicas y culturales alrededor de la infancia</i> . [Trabajo de grado especialización].
Estilo APA 7 (2020)	Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.



Especialización en Problemas de la Infancia y de la Adolescencia, Cohorte VI.

Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH).



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decano/Director: Alba Nelly Gómez García.

Jefe departamento: Ángela María Jaramillo Burgos.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Dedicatoria

Cuestionarme por la infancia, por aquello que creemos que fuimos, pero que nos acompaña durante lo largo de nuestra vida, fue lo que me permitió construir un deseo en torno a la comprensión de lo que es este momento de nuestras vidas, que para nada pasa de largo. Dedico este trabajo a mis padres, quienes, con su apoyo, me han permitido lograr muchas de mis metas como profesional.

Agradecimientos

Le agradezco a mi pareja por acompañarme y alentarme de manera incondicional en este proceso, sus palabras y apoyo fueron un pilar fundamental para continuar.

Tabla de contenido

Resumen	6
Abstract	7
1. Introducción	8
2. Objetivos	10
3. El niño y la familia.....	11
3.1 Aproximación histórica del niño y la familia.....	12
3.2 Perspectiva psicoanalítica del niño y la familia	20
3.3 El niño y la cultura	28
4. El niño y las figuras parentales	35
4.1 El niño y el deseo de la madre.....	39
4.2 El niño y la función paterna	42
5. El sufrimiento psíquico en la infancia	47
5.1 El síntoma para el psicoanálisis.....	52
5.2 El síntoma en la infancia	57
5.3 El trauma en la infancia.....	63
5.4 La sexualidad infantil	66
6. Conclusiones	72
Referencias	75

Siglas, acrónimos y abreviaturas

APA	American Psychological Association
DSM	Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders
MSc	Magister Scientiae
Párr.	Párrafo
UdeA	Universidad de Antioquia

Resumen

La infancia ha sido cuestionada y estudiada en diferentes momentos de la historia por disciplinas como la medicina, psicología, pedagogía, entre otras. Es a través de los diferentes pensadores y profesionales de estas áreas que se le ha dado un lugar al niño y a la niña en la sociedad, sin embargo, no siempre fue así, ya que sólo a partir del siglo XVIII el niño empezó a ser reconocido y a ser significativo para la familia, además, se empezó a tratar de definir este momento de la vida, brindándole múltiples significantes. El psicoanálisis, no ha tratado de conceptualizar a la infancia, sino, que ha reconocido que la misma es atravesada por cada sujeto de una manera única y es él, quien le dará un significado, comprendiendo que, los primeros años de vida pueden dejar huellas imborrables en cada persona y que las relaciones que se establecieron con los padres serán cruciales también para definirla, debido a que son estos los que ingresarán a este infantil sujeto a la cultura, y los cuidados que le brinden podrán generar patologías, o no, en el menor. Finalmente, autores como Freud, Lacan, Frigerio, Dolto, Minicelli, entre otros, servirán de base teórica para realizar un análisis sobre este sujeto, partiendo de la pregunta: ¿Qué es la infancia para el psicoanálisis? Se recogen distintos conceptos como: cultura, trauma infantil, sexualidad infantil, Complejo de Edipo, destete, entre otros, con el fin de acercarse a una comprensión sobre la infancia.

Palabras clave: Niños y niñas, infancia, cultura, psicoanálisis, familia, sexualidad infantil, infantil sujeto

Abstract

Childhood has been studied and questioned in different moments in history by many professionals in fields such as medicine, psychology and pedagogy to name a few. It is through these professionals that children have established a place in society. However, it has not always been like this, and it was only in the XVIII century that children started to be recognized and become significant members of the family unit. During this point in time, society started to define childhood by giving it multiple meanings. Psychoanalysts have not tried to conceptualize childhood, but rather have recognized that each individual traverses it differently and it is them who defines its meaning. They have taken into consideration the first years of life can leave un-erasable marks in an individual's life and that the relationships that are established between a child and parents are crucial in defining childhood. It is the parents who introduce the child to culture and the care they provide can generate pathologies in the child. Finally, authors such as Freud, Lacan, Frigerio, Dolto, Minicelli, and others, will serve as a theoretical base to form an analysis on this subject, using the question: What does childhood mean to the psychologist? Different concepts will be covered such as culture, childhood trauma, childhood sexuality, Oedipus complex, weaning amongst others with the goal of getting closer to understanding childhood.

Keywords: children, childhood, culture, psychoanalysis, family, infantile sexuality, infantile subject

1. Introducción

A lo largo de su historia, cada sujeto ha atravesado por diferentes momentos, por un lado, conflictos y eventos traumáticos y por otro, momentos de satisfacción. En la gran mayoría aquellos momentos vivenciados en la infancia pueden determinar la estructura psíquica del sujeto e incluso pueden marcar lo que puede ser el resto de su existencia. Estos eventos y experiencias infantiles, entonces, resultarán cruciales para la posible generación de síntomas, es decir, que los primeros años de vida pueden determinar los actos y la subjetividad de cada individuo en su adultez.

Para pensar el concepto de infancia desde la perspectiva psicoanalítica, es importante realizar un recorrido histórico, donde es posible observar que desde el abordaje teórico que aquí convoca, se ha venido construyendo qué es un niño, concepto que ha ido transformándose según las diferentes culturas y épocas, que le han asignado características específicas.

En la actualidad la infancia no pasa de largo, es un momento crucial en la constitución de cada sujeto, haciéndose necesario comprenderlo desde diversas posiciones teóricas que piensan el concepto, así, se podría plantear que el niño ha pasado de ser invisibilizado a ocupar un lugar central y determinante en la sociedad y la familia. Los niños tienen la prioridad dentro del esquema social y cultural actual.

Con respecto a lo anterior, se plantea como propósito de esta monografía hacer un recorrido conceptual de la infancia desde el psicoanálisis, que se encarga de abordarla desde sus tiempos, los desarrollos biológicos y psicológicos en cada etapa, es decir, se basa en la lógica que atraviesan los niños y las niñas. El psicoanálisis se ocupa de las vivencias, sucesos, eventos, de las elecciones y responsabilidades que asume el niño.

El abordaje de la infancia desde el psicoanálisis, permite tener una amplia comprensión del concepto, de los factores que fundamentan el desarrollo en esta etapa, de los aspectos que pueden influir entre la normalidad y lo patológico, de las relaciones con sus padres en los primeros años de vida, y cómo estas pueden determinar algunos elementos del desarrollo en la infancia. Autores como Sigmund Freud, Jacques Lacan, Graciela Frigerio, Donald W. Winnicott, Jacques Alain

Miller, Colette Soler, Françoise Dolto, entre otros, lograron hacer un abordaje de la Infancia en el psicoanálisis, y serán cruciales para la comprensión de la misma, por ello, son los ejes mismos de la construcción conceptual y teórica de este trabajo.

Por último, es importante observar cómo el psicoanálisis ha dado cuenta de la importancia de la familia, mediante este recorrido conceptual de la infancia y de cómo la relación que establece el individuo con sus padres y con los otros, ha dado lugar a la construcción del niño como sujeto.

2. Objetivos

2.1 Objetivo general

Comprender con el apoyo de distintos autores el concepto de la Infancia para el psicoanálisis.

2.2 Objetivos específicos

Realizar un breve recorrido por la historia de la infancia en Occidente.

Ilustrar el significado de la infancia desde lo psíquico, lo familiar y lo cultural mediante el psicoanálisis.

Examinar a la familia como institución primaria del niño y las relaciones parentales.

Comprender el sufrimiento psíquico infantil.

3. El niño y la familia

“El síntoma del niño se encuentra en posición de responder a lo que hay de sintomático en la estructura familiar” (Lacan, 1969. p. 55).

El niño es nombrado y hablado desde antes de su nacimiento, su vida está puesta en el deseo de sus padres y sus familias, será, un sujeto, un efecto del lenguaje, un sujeto dividido, en falta y castrado. La familia tiene gran influencia en el desarrollo de un niño, en sus transformaciones, en los significantes que se crean de él y en cómo se define, es decir, no sólo lo definirá lo que propone la cultura en la que se encuentra inmerso este infantil sujeto.

La familia aparece como un grupo de individuos unidos por una doble relación biológica: la generación, que depara los miembros del grupo; las condiciones de ambiente, que postulan el desarrollo de los jóvenes y que mantienen al grupo, siempre que los adultos progenitores aseguren su función (Lacan, 1978, p. 13).

Según lo anterior, en la familia se transmiten ideales, identificaciones y prohibiciones, aspectos que no se reducen a lo biológico, ya que la cultura tiene gran influencia, pues la misma permea no sólo las normas que este grupo imparte al menor, si no cómo lo hace; esto se ha ido transformando a través del tiempo, produciendo cambios sociales que han ido moldeando los roles de la mujer, del hombre e incluso los del niño, lo cual también se ve reflejado en las nuevas configuraciones familiares. De acuerdo con Aranda (2015), la cultura ha cambiado las pautas de crianza y las modalidades vinculares, lo que permanece es la necesidad de que alguien se ubique como garante y soporte del vínculo con el niño.

Más allá de las atribuciones familiares en la crianza y la socialización de los niños, hay algo que es esencial en la función de la familia y es, hacer del menor un sujeto de deseo, darle un lugar simbólico, un lazo de parentesco, una posición en las generaciones y una identidad civil. Esta función de la familia permite lo irreductible de la transmisión de un deseo que no sea anónimo, y su efecto es el paso de un organismo a un sujeto. Así, la familia es una encarnación histórica en cada momento de la estructura del ser de la palabra. Según lo planteado por Lora (2003), la familia

como estructura significativa trasciende todas las formas familiares que los modelos de desarrollo han generado y en este sentido es intemporal. En esta nueva perspectiva, se abre la cuestión de que en el análisis no se habla de la familia, sino de la novela familiar, que emerge como otra escena, por ello, para el psicoanálisis, la familia es cosa del inconsciente.

3.1 Aproximación histórica del niño y la familia

El esbozo histórico del concepto de infancia y las prácticas alrededor del sujeto niño/niña, está sumido en un amplio debate lleno de contradicciones y vacíos; autoras como Zúñiga y Lora (2014), se han sumido en una construcción crítica de la genealogía y la historia de tal campo, siendo la infancia un objeto de estudio relativamente nuevo dentro de las preocupaciones historiográficas; no constituye el objeto de este trabajo sumergirse en un profundo y detallado de este problema, lo que se pretende es construir un marco general que logre ofrecer una claridad conceptual y un contexto histórico sobre el papel cambiante del niño y de las condiciones de la infancia.

Desde la etimología, infancia proviene del latín *infans*, que hace referencia a “la incapacidad de hablar” (Diccionario de Gaffiot, 1934; Etimologías de Chile, s.f.). Para la Real Academia Española, la infancia tiene tres definiciones; 1. Período de la vida humana desde el nacimiento hasta la pubertad. 2. Conjunto de los niños. 3. Primer estado de una cosa después de su nacimiento o fundación (Real Academia Española, s.f.).

A grandes rasgos, se podría explicar que la infancia para algunas disciplinas es un período de la vida humana comprendida desde el nacimiento hasta la pubertad, y su relación con la etimología latina, vendría a explicarse como la incompreensión de un sujeto que no tiene las suficientes capacidades para expresarse desde el lenguaje hablado. Sin embargo, la utilidad del rastreo cronológico de las prácticas relacionadas a la infancia y cómo esta es entendida por cada sociedad, va mucho más allá de esto, al igual que el análisis conceptual.

Para poder comprender el lugar que ocupa el niño en la contemporaneidad, se debe remontar a las civilizaciones fundacionales de la cultura occidental, es decir, principalmente Grecia y Roma. Es necesario partir exponiendo que estas eran sociedad es donde las esferas públicas y privadas no

tenían unos límites muy claros, y la familia representaba una institución ligada directamente a la jerarquía sociopolítica, es decir, tenía una función pública. La posición del niño en cada cultura se ha integrado mediante la estructuración de lo que ha significado y moldeado lo que vendría a ser la familia a través del tiempo y del espacio, esta es una relación de interdependencia, donde cada reacción y transición que tenga una, llevará necesariamente a la otra a sumirse en un mismo cambio; la familia como seno de la formación del niño, proyecta sus ideales en él y lo limita a cumplir determinado lugar en una sociedad, esto es una importante claridad para seguir la historia del niño y la familia de manera conjunta.

Retomando a las civilizaciones Grecorromanas, estas moldeaban a los niños mediante sus ideales, por ejemplo, aquellos de Atenas estaban ligados a la democracia y a la construcción de las letras y la filosofía, y aquellos de Esparta, iban de la mano al heroísmo guerrero y la educación militar (Sánchez, 2018). En Roma, el *Pater Familia*, quien representaba la cabeza de la institución familiar gentilicia, definía si un bebe sería aceptado dentro de su núcleo familiar; la elección de quedarse con el recién nacido iba ligada a unos principios estéticos, funcionales y convenientes bajo los estándares de los adultos preponderantes, además, no se tenía en cuenta la vida de este ser como importante, ni la pérdida de este representaría una tragedia familiar al ser rechazado, es decir, la concepción de los niños estaba más relacionada con la de un objeto que con la de un integrante vital, era pensado como un proyecto ligado a un futuro, aún a sabiendas de que cada ser humano atravesó dicha etapa.

Todos los contextos familiares e infantiles estaban atravesados por una posición económica y de clase, esto se refiere a que las posiciones de privilegio se replican en las prácticas y lugares que va a tener cada niño, no muy diferente a la actualidad, dado que esto se ha expresado en cuestiones de acceso y calidad en su educación, posibilidades de realizar actividades recreativas, juegos, deportes y si debe trabajar o no.

La cuestión de género también ha sido importante, y en algunos casos excluyente, tal como lo es en el caso Grecorromano, donde los varones tenían un mayor acceso a la educación y a las actividades lúdicas, y las niñas desde temprana edad debían atender lo doméstico y aprender labores relacionadas como: tejer y cocinar (Sánchez, 2018, p. 28).

Ahora bien, como se dijo anteriormente, la cultura occidental se fomentó en las dos primeras, por lo que esta exclusión de tipo de género se continuó replicando, con la consigna de que las mujeres estaban destinadas a la cuestión del hogar, y mucho más reforzado, siglos después con los ideales del cristianismo.

En el caso egipcio donde tanto niñas y niños tenían acceso a estudios sobre escritura, ciencias, literatura y religión; eso sí, la exclusión venía siendo en un nivel socioeconómico, dado que sólo las infancias de clase alta podían acceder a este tipo de educación (Barros, 2019, pp. 61-62).

Las edades que se marcan en la historia son importantes como referentes cronológicos para comprender las transiciones que se fueron dando con respecto a las familias y, por ende, a la posición del niño en estas. Durante el largo florecimiento del Imperio Romano se fue gestando la conversión de la familia, a un ámbito más privado, acercándose cada vez más a la familia nuclear. Con el cristianismo, y durante la edad media, la familia fue adquiriendo un tono sacralizado, se empezaron a bautizar los niños y surgieron alrededor de ellos dos imágenes antagónicas, una fue aquella del niño pecador, necesitado de castigo y corrección, y la otra de los niños como fruto de la unión sagrada del matrimonio (Aries, 1984).

La institución matrimonial empezó a resignificar la idea de lo que era una familia, los padres que viven en un hogar con sus hijos inician a ser la forma más común de organización familiar, la misma que hoy conocemos como la familia nuclear, los seres humanos, dejan de agruparse en forma de clan, donde primaban las alianzas entre grupos más amplios, la familia empieza a marcar una primacía relacionada a la cuestión de la sangre.

Los niños incluso en el medioevo siguieron estando totalmente en función de los adultos, desde las clases altas nobles, donde la importancia por los herederos implicaba la necesidad de la procreación bajo ciertos términos y que se adquirieran determinadas conductas, como en las clases bajas, donde en los feudos representaban más mano de obra, por ende, un mayor beneficio para la acumulación del señor feudal, al igual que para la defensa a manera de ejército y apoyo, se da, en palabras de Aries (1984) una “ambigua revalorización del niño” (p. 3), dado que, tiene un nuevo

lugar en la sociedad con más valor, pero no precisamente por sí mismo, si no de nuevo, en función de los otros.

Los niños, también iniciaron a tener lugares dentro de la iglesia, como monaguillos, ayudantes, entre otros; las niñas, por su parte, a partir de la llegada de su primer período menstrual ya eran aptas para el matrimonio, el cual era pactado por sus padres a manera conveniente, usando medios como las dotes para intercambiar en el matrimonio, siendo así el uso de la menor una vía de lucro, y en algunos casos de ascenso social, según los pretendientes que llegara a tener la niña, sin embargo, en la mayoría de casos las familias nobles hacían alianzas matrimoniales entre sí, para no arriesgar el predominio en la tenencia de la tierra, limitándose también las cuestiones de generación de nuevas familias a la misma esfera social.

Hasta el siglo XVIII, el cuerpo del niño era sepultado, era oculto, es por lo anterior que entre el siglo XV y el siglo XVIII, a los menores se les vestía con ropa de adultos, sólo se mostraba el cuerpo del mismo desnudo cuando se buscaba representar una simbolización, por eso los pintores eran los encargados de mostrar estos cuerpos a la iglesia. Sin embargo, había una erotización del cuerpo de los niños, pero vistos como objetos y no como sujetos; cuando fallecía un niño, se hablaba de una pérdida, pero de un objeto, no de la muerte de un ser querido o de algún individuo; antes de 1789 se da el nacimiento del niño-individuo, es reconocido como sujeto, pero se le trata como una máquina de producir, el adulto puede tomar cualquier decisión sobre estos (Dolto, 1986, pp. 16-18).

Las iconografías muestran a los niños como adultos en miniatura, con sus mismas vestimentas e incluso atados a jornadas laborales más duras y extensas; a pesar de estas informaciones al respecto, es necesario tener una mirada crítica con relación a la literalidad de las prácticas, dado que si a lo largo de la historia la crueldad, el maltrato y la exclusión hubiesen reinado en los términos del trato infantil no habría ninguna noción de progreso (Pollock, 1990; Zúñiga & Lora, 2014).

Hasta aproximadamente el siglo XVII, no se conocía la infancia tal como se le ve en la actualidad; el niño es una categoría histórica que emerge al final del periodo que termina con la

Revolución Francesa y se empiezan a registrar obras relevantes sobre nacimientos, muertes y bautizos y es de esta manera que se abre un espacio en la historia (Aries, 1987).

Con la emergencia de las nuevas racionalidades que fueron parte de las condiciones de posibilidad de las Revoluciones Francesa e Industrial, se inicia a categorizar la infancia desde un punto de vista diverso, donde implica la conciencia del saber del ser humano y su capacidad de razonar, como lo expone Kant (1784), la mayoría de edad y el sujeto en la época de la ilustración, se inicia a medir por su pensamiento e independencia, hay una sensibilización donde es claro el hecho de que el desarrollo de ciertas capacidades cognitivas se da en diferentes etapas.

La infancia siempre ha existido en términos cronológicos del ser humano, pero propiamente como representación es una construcción moderna, mucho de ello gracias a las ciencias médicas que a través de su discurso han buscado establecer las etapas lógicas y cronológicas de los seres humanos y la comprensión de las diferentes necesidades que se deben satisfacer en cada uno de los casos.

La problemática de la mortalidad infantil fue uno de esos puntos focales en los que la medicina entró a investigar; a partir de esta situación específica, el niño empezó a tener cierta importancia para los adultos como un sujeto diferente a ellos, con unas necesidades variables y que deben ser atendidas.

Se puede decir que, los esfuerzos por dar un lugar cada vez más apropiado al niño, se iniciaron a construir desde el siglo XV; planteándolo desde el contexto europeo, factores como la imprenta, el desarrollo de lo doméstico y la medicina, estructuraron unas bases que ponían al infante en una posición de necesidad de ser cuidado, el Estado también como regulador de la conducta, inició a condenar los infanticidios y a regular el trabajo que se agudizó en las fábricas desde finales del siglo XVIII y la pediatría surgió como rama independiente de la medicina en el siglo XIX (Genta, 2006).

Gellner (1983), mencionaría que frente al Estado, con el nacimiento de las naciones y los nacionalismos, los niños serían los herederos de sus patrias, importante factor en la educación de

estos. No obstante, el niño no vino a ser considerado como un sujeto de derecho hasta después de la Primera Guerra Mundial; aun así, como se continúa observando, el niño ha sido una herramienta de satisfacción de las demandas de las sociedades de cada presente, es decir, de los adultos y sus sistemas (Pollock, 1990; Zúñiga & Lora, 2014). Entre estos sistemas la misma familia, en la cual, los niños ocupan el lugar de herederos, interesa que sigan en una misma línea y que cooperen a las causas familiares; el uso de la razón propia aún está en construcción y la capacidad de elegir libremente no es permitida.

La literatura, representa otro tipo de fuente importante para tener una idea de lo que pudo haber representado la infancia y la familia en diferentes épocas, la obra maestra de Charles Dickens, *Oliver Twist* (1837), por ejemplo, muestra claramente las problemáticas de la infancia de la época, un niño huérfano, abandonado en un orfanato, donde se vive en condiciones paupérrimas, miseria y hambre, Oliver, quien termina en las calles de Londres, vive una época de su vida asumiendo la pobreza, delincuencia y viendo la crudeza del mundo, un niño trabajador, solo y abandonado a su suerte, salvado solamente por la voluntad de ciertas personas; carga esta obra con una crítica social fuerte hacia un sujeto que de cierta manera está desvalido, la crítica no se hace directamente a una institución estatal o a los padres a no abandonar a sus hijos, ni tampoco a la gestión de los orfanatos de la época, es más bien, un llamado a la conciencia de que los niños son seres que están ahí y que más que los adultos necesitan ser salvados.

Las categorías alrededor del niño fueron adquiriendo unos matices más concretos, los adjetivos para su descripción giran alrededor de: la inocencia, la ternura, el cuidado y la atención, por lo que la emergencia de la teoría psicoanalítica a finales del siglo XIX representó un escenario bastante polémico, poniendo junto a estos adjetivos algo tan incómodo como lo sería para la época, la existencia de una sexualidad infantil, problematizando los significantes del niño cada vez más.

La escolarización fue entonces un factor clave del manejo de la infancia, que se estructura gracias a la pedagogía, la cual, no se limita al hecho de la educación ni a la transmisión de saberes y conceptos, busca por su parte una formación íntegra del ser humano, partiendo de diferentes enfoques y estructuras diseñadas con bases en el estudio y la observación. La Pedagogía es una ciencia psicosocial, con métodos, conceptos y prácticas definidas, que están en constante

renovación y en búsqueda de nuevas dimensiones dentro de aquellas esferas sociales, culturales, personales, académicas, además, de trabajar de la mano de las demás ciencias sociales como la filosofía, sociología, antropología, historia (Mena, 2009).

Desde la etimología, pedagogía viene de los conceptos griegos *Paidós* (niño) y *Agein* (Guiar), mostrando su carácter implícito de atención especializada a las prácticas de la enseñanza a los infantes, dado que siempre se ha creído que estos son los que más lo necesitan; es así como esta disciplina centró su atención en comprender cómo el niño adquiere conocimiento, cómo funciona su racionalidad, cómo responde a ciertos estímulos, para mediante esta aplicación de técnicas pueda darse una formación, moldearle la conducta, para que actúe bajo los términos de cierto contexto sociocultural. El siglo XX se caracterizó por sus avances en todas las ciencias; teóricos pedagogos como: Lev Semionovich Vigotsky, Burrhus Frederic Skinner, Célestin Freinet, Jean Piaget, Antón Makarenko, Ovide Decroly, María Montessori, John Dewey, desarrollaron etapas y estrategias que se pueden considerar aún vigentes y aplicables desde las escuelas, el número de trabajos y de teóricos al respecto puede dar cuenta del esfuerzo detrás de la comprensión de los procesos cognitivos de los niños y cómo fueron ocupando paulatinamente lugares más privilegiados dentro de la sociedad (Alejandría academy, s.f.).

La infancia representa un escenario heterogéneo, la historia tiende a un eurocentrismo que excluye las historias de los países de tercer mundo, el contexto latinoamericano, por ejemplo, es uno de ellos, sumándole a esto la novedad de este objeto de estudio que se inició a estudiar a partir de los años 60's desde el punto de vista historiográfico (Rojas, 2010).

La infancia, o niñez representa un estado natural y biológico del ser humano, el niño se define como mudo, que no habla, que no cuenta con muchas palabras para expresarse fácilmente. En la contemporaneidad, el discurso hacia el niño está atravesado por una serie de demandas y derechos, que exigen a los diferentes profesionales que se relacionan con los infantes, respuestas que permitan explicar sus comportamientos.

La psicología científica se empieza a plantear diferencias entre el adulto y el niño, debido a que se interesó por el concepto de “desarrollo” a principios del siglo XX y se incluye al

niño a partir del discurso de la modernidad, sin embargo, en los diferentes textos donde se habla de los momentos históricos del niño, hay una dificultad a la hora de conceptualizar a la infancia, sólo se hallan algunos puntos que convergen, en relación al surgimiento de los conceptos como productos de un discurso, de concepciones de la época que determinan intereses y formas de hacer. Disciplinas como la pedagogía, medicina y la psicología han estado interesadas por comprender a la infancia, no obstante, no existe un consenso entre sus diferentes escuelas para abordar los problemas de este momento de la vida; es decir, que cada una de estas disciplinas han tenido una conceptualización diferente de lo que es el niño y las problemáticas que pueden surgir en su proceso de inserción en la cultura en la que estos crecen y se desarrollan (Muñoz, 2019, pp. 5-7).

En conclusión, la historia y la evolución del término niño e infancia no ha sido lineal, la apreciación de este sujeto y su papel en las diferentes sociedades y culturas ha sido cambiante, ha ido de la mano con los ideales de cada época, mostrándose como un producto mismo de las construcciones sociales, económicas, políticas y culturales. El niño desde la modernidad, ha venido posicionándose como un objeto de estudio dentro de las distintas ciencias, tanto naturales como humanas, pero más allá de haber sido una búsqueda propia alrededor del niño, ha surgido este desarrollo por el afán del ser humano de conquistar todo lo que lo rodee, las iniciativas más propias de hacerlo con fines menos positivistas se dan gracias al giro lingüístico y el giro cultural, donde el ser humano tiene una mirada menos científicista de la humanidad y se genera una nueva racionalidad que genera una ruptura y una efervescencia en el mundo, que resulta en un auge para las disciplinas sociales.

La estructura de toda familia desde los orígenes de su existencia, independientemente de las distintas formas matrimoniales a través de las cuales se ha establecido, se sostiene en el cumplimiento y transmisión de una exigencia universal ineludible que está en los orígenes de la cultura y que subtiende el estatuto de lo humano (López, 1998, p. 1).

Sólo desde hace poco se ha generado un interés por la familia y esta a su vez ha concentrado significantes como la célula social, fidelidad, monogamia, Edipo, procreación, patria potestad, patriarcado, patrimonio, jefe de familia y demás. Este interés por la familia llevó a que varios

autores realizaran algunos aportes acerca de la misma, o que hablaran al respecto, por ejemplo, Velásquez (2007), refirió que Marx y Engels, hablaron de la familia como un dispositivo enajenante, que se reúne más que por amor, por conveniencia y que se mantiene por la falacia de la monogamia. Otros autores y disciplinas hablaron de la familia como creadora de roles, hicieron diferencias entre la familia y el matrimonio, refiriendo que no necesariamente ambas confluyen, que no hay una familia tipo en las diferentes culturas y épocas, siempre está en movimiento, está condicionada por discursos que le son externos, la familia no se define solamente como una unidad natural sustentada en la reproducción biológica, sino que cumple funciones como proteger y funciones simbólicas de acuerdo al contexto social histórico.

3.2 Perspectiva psicoanalítica del niño y la familia

Se entiende que la familia es un entorno de constitución subjetiva de las personas, en consecuencia, no podemos desligar a los seres humanos de esta institución social que se ha ido transformando a lo largo de la historia y ha sido estudiada por diferentes disciplinas.

El psicoanálisis, por ejemplo, se interesó por la familia como plataforma de las identificaciones del niño, que requieren del afecto para su posterior desarrollo emocional. Winnicott, consideró necesaria la voluntad de conservación de la familia para garantizar la continuidad del cuidado materno. Por su parte, Dolto escribió que lo que garantizaba el desarrollo correcto del niño a nivel emocional, era una familia unida, pero algunos analistas y psicólogos, se han detenido en las características fenoménicas de los padres respecto a ciertos ideales y patrones sociales en el tipo de relación de la madre o el padre con el niño (Velásquez, 2007).

Para el psicoanálisis la cuestión no se detiene a fiscalizar ninguna de las características paternas o maternas, sino que todo sujeto adviene de la relación entre dos congéneres, dos personas que entrecruzan sus goces en un malentendido, no que los acoplen, porque lo que hay es una hiancia entre lo que se demanda y lo que se puede obtener, es decir, que el menor será congénere de sus padres y del mismo bando de uno de ellos, permitiendo una posible versión de goce, en este sentido, no hay una atribución automática de la función de padre o madre a las personas, sino que es preciso, que los sujetos hagan un consentimiento, una elección que les permita situarse en el lugar de la

función de padre o de madre, para dar lugar a un hijo y tratando de sostener esta relación tripartita: padre, madre e hijo.

Surge así la posibilidad de hacer lazo con lo semejante y lo diferente, procediendo las identificaciones, los afectos, los goces, los encuentros y desencuentros y también los síntomas. Cuando el ser humano nace, llega a un campo determinado por el lenguaje, que a su vez está determinado por afectos que circulan en ese campo, y por un goce, que no se satisface, porque no hay una relación complementaria a nivel de goce, pues es el goce esa construcción singular de cada sujeto, por ende, este no logra articularse a otro goce singular, haciendo así, que la familia sea un lazo social que se instala sobre la base de un imposible del goce entre dos; de allí adviene el síntoma, como forma de suplir esta conexión faltante en la pareja parental, dónde se inscribe el registro de la invención es en este orden que cada uno de los sujetos, a partir de su lectura, trata de interpretar y hacer con su falta un acto que mitigue el no saber, y anude la constante búsqueda de satisfacción, que se convertirá en el encuentro fundamental con la imposibilidad de cada cual. Con esto podemos dar cuenta que no es posible que exista una familia natural, sino una relación librada al encuentro, al niño que llega a ese campo a instalarse, se le va a atribuir un lugar, un papel, una función y en ocasiones se sitúa en ese lugar de tapón de la imposibilidad estructural (Velásquez, 2007, pp. 16-17).

Según lo mencionado, se pone de manifiesto un malentendido, que se ha referido a lo largo de la historia, en donde en las familias por más primitivas que sean existen prohibiciones y leyes que perduran generación tras generación, tratando de encubrir eso que no alcanza a ser tramitado por la palabra, y hay una autoridad, la cual puede ser ejercida por una persona específica o por un grupo dentro de las mismas.

La cultura y la sociedad demandan a la familia el cumplimiento de la ley, la ley del padre, que quienes la constituyen acepten la prohibición de un goce que no puede ser dicho, que no puede ser nombrado: acceder a la madre como objeto de goce sexual (López, 1998. p. 2).

La familia no sólo es el lugar donde surgen las leyes y las prohibiciones, sino que, además, aparecen lo que se conoce como complejos. La familia es el lugar fundamental de los complejos más estables y más típicos y deja de ser un tema de interpretación moralizante y se convierte en objeto de un análisis concreto. Los complejos funcionan como organizadores del psiquismo, “complejos, imagos, sentimientos y creencias serán estudiados en relación con la familia y en función del desarrollo psíquico que organizan, desde el niño educado en la familia hasta el adulto que la reproduce (Lacan, 1978).

Para Lacan, existen algunos complejos, como el destete, el complejo de intrusión y el complejo de Edipo; el destete, por ejemplo, instaura la imago forjada a partir de sensaciones que necesitaran organizarse, condicionado por regulaciones culturales y deja una huella en la psiquis, la cual se reproduce en las estructuras mentales, puesto que moldea experiencias psíquicas posteriores, es evocada por su contenido y por su forma (Lacan, 1978; Nájera, 2015).

Este complejo representa la forma primordial de la imago materna, dando lugar a los sentimientos más arcaicos y estables que son vínculo de unión del sujeto con la familia. El complejo del destete tiene rasgos generales en toda la especie y representa en el psiquismo una función biológica: la lactancia (Baumgarten, 2009, párr. 1).

El destete, por tanto, deja una huella permanente en el psiquismo humano, producto de esa interrupción en la relación biológica. Esta huella psíquica es la primera, sin duda, cuya solución presenta una estructura dialéctica, o sea, que se resuelve con una intención mental. El destete es aceptado o rechazado. Cuando se da el rechazo del destete, se instaura lo positivo del complejo, o sea, la tendencia a restablecer la imagen de esta relación.

El complejo de intrusión es la experiencia que padece un sujeto cuando ve participar a otros, junto con él, en la relación familiar, es decir, se refiere al momento en que aparecen los hermanos y se ve enfrentado a sus semejantes por el amor de sus progenitores; introduciéndose los celos, como arquetipo de lo que devendrá en sentimientos sociales, como génesis de la sociabilidad, ya que más que una rivalidad implica una identificación mental (Lacan, 1978).

Al ahondar en esto, se aprecia que no se trata de un conflicto entre dos individuos, sino un conflicto en cada sujeto, entre dos actitudes contrapuestas y complementarias. Se comprueba que la imagen del otro, del semejante, está ligada a la estructura del propio cuerpo, y más precisamente a sus funciones de relación, por una cierta semejanza objetiva. Hay también una gran cantidad de agresividad, tanto en el sujeto, como masoquismo primario que consuma la pérdida del objeto materno, como en la identificación con su semejante

Los celos infantiles no siempre representan una rivalidad vital, en gran medida, implican una identificación mental, imaginaria, estas reacciones de rivalidad y/o de identificación dependen en gran medida de la diferencia de edades entre los sujetos. Aparecen también actitudes de seducción, alarde y despotismo, el conflicto no es sólo de a dos, sino también interior a cada sujeto, entre actitudes contrapuestas y complementarias. Cada hermano confunde la parte del otro con la suya propia y se identifica con él, pero también, puede mantener esa relación con una participación mínima de ese otro y vivir toda la situación por sí solo. De esta manera, en este estadio, la identificación específica de las conductas sociales se basa en un sentimiento del otro y la imagen del otro, está ligada a la estructura del propio cuerpo, en función de cierta semejanza (Baumgarten, 2009, párr. 2).

El psicoanálisis demuestra que hay en el hermano un objeto electivo de las exigencias de la libido (en este período, homosexuales), la agresividad, es en realidad secundaria a la identificación. La aparición de celos en relación con el amamantamiento puede manifestarse en casos en los que el sujeto, sometido cierto tiempo al destete, no se encuentra en una situación de competencia vital con su hermano, fenómeno que necesita una cierta identificación con el estado del mismo. Ciertamente es, que el carácter sadomasoquista propio de esta etapa de la vida, hace que la agresividad domine la economía afectiva y sea al mismo tiempo, soportada y actuada por el sujeto. En ese malestar del destete, aparece un deseo de muerte que se considera un masoquismo primario. La identificación con el hermano, ofrece la imagen que fija uno de los polos del masoquismo primario y la no violencia del suicidio primordial, engendra la violencia del asesinato imaginario del hermano (Baumgarten, 2009).

Llegado a este punto, se aborda el Estadio del Espejo, que aparece después de la declinación del destete, es significativo puesto que el sujeto pasa a reconocerse en su imagen proyectada en el espejo y el Edipo. Basta resumir ese deslizamiento en la teoría, indicando que el sujeto pasa de una relación de tres (madre, hijo, padre), a introducir el cuarto término (falo) que funda la coherencia del trío. La función del padre, además de mantener la distancia entre los tres términos, viene a ser, la de un cuarto nudo que anudará los tres registros. En este punto, el padre es equivalente al síntoma y es preciso que el padre desempeñe su papel para que sea reconocida la dimensión simbólica entre madre y niño. Entonces, la madre podrá simbolizar su deseo y el niño será desalojado del lugar que ocupaba como falo de la madre en la tríada imaginaria (Lacan, 1978; Nájera, 2015).

El Complejo de Edipo, como tal, recibe su valor en el complejo de castración. La frustración nace de las condiciones de obstáculo que se le presentan al sujeto para su satisfacción respecto al progenitor del sexo opuesto. A la par, el progenitor del mismo sexo aparece como agente de la prohibición sexual, generándose la instancia que reprime y sublima vía el Ideal del Yo: el Superyó.

El complejo de Edipo, es un fenómeno muy vasto, que no se puede circunscribir a una época exacta, no conviene localizarlo cronológicamente de manera precisa. Por ejemplo, el paso de la relación dual madre-hijo a la relación ternaria, madre-hijo-padre, el famoso triángulo edípico, tendría lugar antes de cumplir el niño los cuatro años, porque en esa fecha se localizan los sentimientos específicos del niño con relación a su madre e incluso a los cuatro años el niño ya habla y si este ya habla, el Edipo no podría ser el primer promotor del acceso al lenguaje. Las cosas pueden ocurrir de la siguiente manera, a la edad del complejo de Edipo, la comunicación lingüística se encuentra ya establecida, y entonces, el complejo de Edipo no puede engendrar lógicamente la represión originaria, iniciadora del lenguaje. Este complejo, vendría a concluir posteriormente con la entrada del sujeto en el orden simbólico, por medio de un procedimiento metafórico, similar al de la sustitución de una pareja de fonemas, o a la vivencia del deseo de la madre. El Edipo no es un estadio o fase de la psicología genética, es el instante en el que el niño se humaniza al tomar conciencia de sí mismo, del mundo y de los demás (Baumgarten, 2009, párr. 10).

La resolución del Edipo, es el acceso al lenguaje, al mundo simbólico de la familia y a la sociedad en general. El Edipo, es un fenómeno cultural, la prohibición del incesto se halla inscrita en el código social que es preexistente a la existencia del individuo y es al crecer en estas estructuras sociales que el niño se verá enfrentado con el problema de la diferencia de los sexos; de su posición de tercero en la pareja que forman los padres, y con la prohibición del incesto. Por otro lado, a través del lenguaje asumirá progresivamente desde adentro este drama, como una herencia ancestral en donde se sitúa con anterioridad a toda posibilidad de toma de conciencia. Cada familia ofrecerá múltiples posibilidades, en tanto ser y sentido de vida, el sujeto tendrá una alienación a la marca familiar, pero a su vez marcará su individualidad, se separará reafirmando su identidad propia; es aquí donde se pueden presentar dos situaciones: una, dónde la familia tendrá la capacidad de aceptar y tolerar a ese sujeto distinto de los deseos, sueños y objetos de goce de los padres y entonces, este sujeto aprenderá de su propia versatilidad la invención, y la otra, es dónde la familia no acepta y espera que el sujeto realice y continúe sólo con las expectativas de goce de los otros, en este caso, en el sujeto se pueden o no producir patologías.

En la actualidad, se ha observado que las familias ya no son el resultado de algo constituido a partir de ideales sociales, políticas o religiosas, sino que son algo abierto a lo variable y lo desconocido, incluso, se puede encontrar cómo se ha venido hablando de una crisis de la familia. Hay algunos elementos que reflejan que ya no es lo que creíamos que era la familia, por ejemplo, Velásquez (2007), comenta que en la actualidad se encuentra la idealización de la individualización, cambios en los roles maternos, padres solteros, el hombre ya no es el único proveedor económico, la familia carece de garantías para responder al modo social de consumo en el presente, para visualizarse al futuro, la reivindicación imparable del matrimonio, filiación por parte de parejas homosexuales, son elementos que han transformado las familias y que han generado nuevos conflictos, nuevos síntomas, ya sea a nivel del sistema familiar o de los sujetos.

Ahora bien, dentro de la familia el hijo se registra dentro del orden simbólico, viene a inscribirse como significante fundamental en un lugar donde antes no había nada, con un nombre, el niño y la niña, vienen a ocupar un lugar, que está desde antes de su nacimiento, en el deseo, en el discurso de los padres, en la historia de la familia, de las familias de cada uno de los padres; este infantil sujeto viene a ocupar un lugar que le es asignado.

Ubicados en la serie que instaura el parentesco y la prohibición que lo funda, darán cuenta ante el niño de lo que saben de lo que son y en el inter juego de los encuentros cotidianos y extraordinarios de la vida, reactualizarán en el hijo, sus imposibilidades, sus vivencias, sus novelas familiares; harán de él un sujeto que conjuga tres historias: La de la humanidad, la de sus padres y familiares y la suya propia. Su autonomía se inscribirá en las huellas que dejaron en él dos demandas fundamentales: aquellas que dicen del deseo de la madre y las que proceden del llamado del padre, llamado que registra la prohibición de fundirse en el deseo de la madre (López, 1998, p. 5).

Lo anterior, permite afirmar que el término infancia genera efectos diferenciales a partir de su ingreso en una cadena significativa biográfica y colectiva. Es decir que cada niño se sujetará a las significaciones que cada adulto y las autoridades de cada época le otorguen, la infancia se edifica a partir de lo que cada sociedad impone, y también lo que tramita a través de su lenguaje. (Minnicelli, 2013).

Los diferentes puntos de vista históricos han iluminado la realidad del niño, siendo de vital importancia para comprender lo qué es el infante, sin embargo, no es la historia del niño la que interesa al psicoanálisis y no es que el psicoanálisis esté en desacuerdo con estos aportes, todo lo contrario, reconoce en estos su valor y la importancia que tienen, pero, a diferencia de las ciencias sociales y humanas; al psicoanálisis lo que le interesa es la historia que el niño mismo construye en el recorrido de su análisis,¹ más que la historia o la perspectiva epistémica que devela el ingreso del concepto de infancia y del niño, y donde pone todo su énfasis, es en la condición de sujeto que de él pueda desentrañar (Peláez, 2012).

Tal como se ha planteado, la infancia es un estado cambiante, definido según la época concreta donde se estructura, mediante discursos y condiciones en las que se ubican cada uno de sus integrantes. Según las experiencias dentro de este marco socio-temporal, las personas se han visto envueltas en eventos y accidentes que los han podido traumatizar, o que los marcan de una

¹ En el análisis con niños no interesa la historia que los padres relatan de él, sino que le interesa la historia referenciada por el niño (Peláez, 2012, p. 121).

manera u otra, generando significaciones en la infancia, anclada siempre a la subjetividad de cada individuo. Por lo tanto, es una de las razones por la cual los niños suscitan emociones diferentes en cada adulto, incomodan o alegran, son capaces de situar unas reacciones subjetivas desde un lugar del amor, la tristeza, o incluso del odio.

Para aclarar el anterior punto, se propone un ejemplo específico: Los sujetos que desean tener un niño, es decir, ser padres o, por lo contrario, no hacerlo, pueden estar tomando una decisión precisamente sujetos a esas relaciones que establecieron desde sus primeros años de vida con sus padres y en algunas ocasiones, la calidad de estas experiencias y la asimilación del individuo de las mismas ha de generar una posición positiva o negativa hacia la infancia, sin embargo, esta no sería la única razón para que exista un deseo o no en una persona para tener hijos, también las relaciones que establecieron con sus hermanos o pares, cómo atravesaron los complejos mencionados inicialmente (destete, Intrusión, Edipo), los eventos traumáticos que pudieron sufrir durante su niñez, además de lo que la cultura vaya imponiendo en cada sociedad. Son entonces, múltiples situaciones que llevarán a los encuentros y desencuentros con los niños y las niñas.

Lo que el psicoanálisis sabe del niño y puede decir sobre él, lo obtiene de su palabra, de sus enunciados, de sus tropiezos, de sus sueños, de sus lapsus, de sus juegos, de sus fantasías, de sus objeciones al padre, al maestro o al adulto, con sus síntomas, dado que, y esta es la primera tesis fundamental del psicoanálisis, el niño como sujeto es efecto de la palabra, ella lo determina (Peláez, 2012, p. 121).

En la infancia, se gesta el futuro del individuo, todas las etapas de la vida y la importancia que tiene esta para determinar la estructura de personalidad del ser humano, es decir, que la gran mayoría de los procesos psíquicos tienen su origen en la infancia. Además de esto, todos los eventos traumáticos que son vividos en esta etapa por el sujeto, son muchas veces detonantes de trastornos psicológicos en la adultez (Acuña, 2018).

Lo anterior, indica que dentro de la familia como institución social primaria se generan los síntomas, los desencuentros y los complejos, que a su vez hacen su función de organizadores del psiquismo del individuo, permitiendo una construcción a nivel subjetivo, mediante el lenguaje que

establece dimensiones simbólicas. Esto nos permite dar cuenta de que no hay una infancia única, sino, que hay una pluralidad de las mismas, puesto que estas se construyen bajo una biografía específica familiar, pero aún más importante, dentro de un contexto global cultural que define al niño y a la niña y define lo que cada familia le debe otorgar a los mismos; prohibiciones, derechos y deberes que cada sujeto viene a cumplir en la sociedad. La cultura determina qué lugares viene a ocupar el infantil sujeto.

3.3 El niño y la cultura

Lo que nombramos comúnmente como niños y niñas, es en realidad la construcción de un determinado sujeto, formado conceptualmente desde lo cultural, lo socioeconómico, lo biológico y lo psicológico. De esta manera, los niños se pueden entender como un conjunto de significados, los cuales los han ubicado en un lugar establecido dentro de las diferentes sociedades, los han limitado y dirigido hacia ciertas conductas, espacios, instituciones y labores.

Según el adulto, el niño necesita aprender valores morales y reglas sociales, en ocasiones limitan sus acciones vitales, cómo comer, cómo ir al baño, cómo hablar, cómo relacionarse, en sí cómo comportarse en general. Se tiene la creencia, de que el niño es una hoja en blanco que solo puede ser llenada correctamente bajo ciertos términos y componentes, demostrando así, que para la sociedad el niño es un diamante en bruto.

En la contemporaneidad, continuamente la sociedad ha reflexionado sobre los niños a futuro, ejerciendo cierta presión sobre ellos, a lo cual el niño responde con el inicio de un fantaseo alrededor del “cuando sea grande”; los adultos están pendientes de cuestionarlos obligándolos a suponer desde temprana edad qué quieren ser cuando crezcan y muchas veces creando expectativas y frustraciones sobre un mundo que no es real, dado que se plantean cuestiones maduras a sujetos incapaces de concebir esta dimensión.

Las imposiciones sociales han obligado al sujeto a comportarse de formas específicas; el control que se ejerce mediante las instituciones, los sistemas políticos y económicos y la cultura están diseñados para promover y desarrollar muchas de las enfermedades existentes, también lo

que son los trastornos, al punto que pueden definir una condición de vida, de la que el sujeto probablemente nunca saldrá por sí sólo y que lo condicionan desde su infancia hasta su adultez.

Sólo hasta finales del siglo XVII e inicios del siglo XVIII se reconocería la infancia, y los niños empezarían a ser reconocidos como sujetos diferentes a los adultos (Aries, 1987). Se hace necesario tener en cuenta que todos los seres humanos atraviesan por esa etapa, donde se marcan huellas y se crean pautas indelebles que acompañan al individuo a lo largo de su vida.

La Infancia es un término polisémico de amplia circulación en nuestros tiempos, al cual consideramos un significante. En tanto tal, opera en el hablante y se hace presente en dichos y decires gracias a los que tanto se habla, como también se calla y como objeto de estudio ha despertado amplio interés académico y político en nuestros días (Minnicelli, 2009, p. 180).

Es importante comprender que los niños a pesar de la situación de desventaja que ocupan, son sujetos activos y cada vez han influido más como agentes de cambio social (Vergara et al, 2015). Ahora bien, el discurso sobre la infancia ha sido cambiante y mucho más en la época contemporánea donde se ha convertido en un campo de estudio autónomo, esto le ha permitido a los profesionales un acercamiento más directo y empático con el niño, donde este ha podido expresarse y encontrar representaciones válidas de sus deseos. La manifestación de estas expresiones ha ayudado a construir lugares habitables para los niños bajo términos más adecuados, haciéndolo un sujeto partícipe de su realidad y la construcción de su futuro; disciplinas como la psicología y la pedagogía han buscado individualizarlos y han encontrado en ellos sujetos complejos y profundos.

La consciencia de la vulnerabilidad, incluso desde un sentido biológico, dadas sus capacidades reducidas por su tamaño, a la que están expuestos los niños, incluyendo peligros como la pedofilia, drogas, trata de personas, trabajo infantil, violencias sexuales, maltratos físicos y psicológicos han reforzado la necesidad colectiva de construir un mundo menos peligroso para los niños, entrando a intervenir organizaciones de derechos humanos y el estado garantizando el cumplimiento de estos. A pesar de que los peligros son reales, el adulto muchas veces instaura

miedos innecesarios e incluso muchos imaginarios para dominar al infantil sujeto, los regaños, la vergüenza, los gritos e incluso el maltrato físico son algunos de los mecanismos de sumisión que emplean los adultos hacia los menores. El hecho de pensar que estas conductas van a pasar desapercibidas dentro del desarrollo personal e incluso social implicaría invisibilizar el mismo desarrollo de mecanismos de defensa.

Lacan (1978), resalta que la cultura es fundamental en la realidad social y la vida psíquica de los sujetos, es decir, postula a la familia como una institución y no como un hecho biológico.

La familia ha pasado a estar condicionada por factores culturales en detrimento de factores naturales. La familia posee un papel trascendental en la transmisión cultural, el peso de la educación inicial recae en la familia; la familia debe propender por la represión de los instintos y la adquisición de la lengua materna (Nájera, 2015, p. 51).

Para Freud (1929), todo sujeto nacía de una madre y un padre que pertenecían y a su vez formaban una familia. Esto quiere decir, que desde su nacimiento el sujeto quedaba circunscrito a un colectivo específico, a un sistema de normas y leyes que determinaban y limitaban el lugar que podía ocupar cada uno de sus integrantes dentro de él, generando respuestas psíquicas a partir de dichas determinaciones que le obligaban a mediar sus pulsiones.

La Cultura designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres (Freud, 1929, p. 88).

Las modificaciones psíquicas que acompañan la evolución cultural son notables e inequívocas. Consisten en un progresivo desplazamiento de los fines instintivos y en una creciente limitación de las tendencias instintivas, sensaciones que eran placenteras para nuestros antepasados son indiferentes o aun desagradables para nosotros (Freud, 1932a).

La cultura entonces ha logrado regular los vínculos entre los seres humanos, incluso desde la infancia continuamente se les indica a los niños qué deben o no deben hacer, lo que es bueno y lo que es malo, esto atado a los designios de la sociedad, que llevan al sujeto como lo refiere Freud (1929), a cargar con el irremediable antagonismo entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura. La familia es a su vez una construcción de la cultura, una institución que muestra a quien nace, lo que es bueno o malo; como ya se mencionó, el niño siempre debe obedecer y dejarse guiar, pero adicional a esto, la familia es quien le va indicando al niño lo que le es propio y lo que no, por ejemplo, a reconocerse como un yo, diferente a los demás. Ahora bien, cuando el otro no cumple con esta función cultural de establecer límites, se pueden generar patologías que muestran estas faltas, llegando al punto de generar que el individuo no reconozca fracciones de su vida anímica e incluso, partes de su cuerpo como propias.

El lactante no separa todavía de su yo de un mundo exterior como fuente de las sensaciones que le afluyen. Aprende a hacerlo poco a poco, sobre la base de incitaciones diversas. Tiene que causarle la más intensa impresión el hecho de que muchas de las fuentes de excitación en que más tarde discernirá a sus órganos corporales, pueden enviarle sensaciones en todo momento, mientras que otras (y entre ellas la más anhelada: el pecho materno) se le sustraen temporariamente y sólo consigue recuperarlas berreando en reclamo de asistencia (Freud, 1929, pp. 67-68).

Se puede comprender a la cultura como la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: proteger al hombre contra la Naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí, no significa ilustración o formación intelectual, sino el conjunto de las normas restrictivas de los impulsos humanos, sexuales o agresivos, exigidas para mantener el orden social (Gomá, 1977). La parte inconsciente y dominada por el principio del placer, es con la que nace un bebé, quién es ajeno a la separación de su ser con el exterior, dado que contiene un todo, que sólo puede iniciar a segregarse de sí con la identificación de un otro, que interactúa con él, desde los primeros momentos.

El niño empieza a reconocer entonces un afuera, que hay un mundo exterior del que devienen sensaciones de dolor y displacer, reconociendo lo externo y lo que pertenece al

yo; con esto se da el primer paso para instaurar el principio de realidad, que ayudará como mecanismo para defenderse de esas sensaciones displacenteras (Freud, 1929, p. 68).

Con el reconocimiento de un yo, no sólo se sufre por lo externo, si no que en el interior de cada sujeto también hay unas sensaciones displacenteras. Freud refiere que, el sufrimiento es inseparable del yo, es decir, es de origen interno, entonces lo que deviene del exterior genera que el sujeto lea algo de eso y construya una respuesta, trate de dársela o crea olvidarla, pero en la vida anímica psíquica nada puede desaparecer, todo se conserva de algún modo (Freud, 1929).

El individuo que llega al mundo no sólo recibe lo que es dado por su familia, sino de todo lo que la sociedad le exige y le indica, por ejemplo, la felicidad es un sentimiento que se le indica al sujeto y que de él mismo depende de que esta sea realizable o no, a los niños se les va indicando qué puede lograrse, pero en el actual discurso se le da toda la responsabilidad al individuo, y está la presión de que todo depende de él y no sólo de lo externo. La felicidad y la dicha son el fin y el propósito de la vida. Freud (1929) señala que la aspiración por conseguir la felicidad y mantenerla, tiene un costado positivo y uno negativo, uno que se centra en lograr la ausencia de dolor y del displacer, y otro lado busca el vivenciar intensos sentimientos de placer

El ser humano siempre se ha encontrado indefenso contra las tres fuentes de su penar: la hiperpotencia de la naturaleza, la fragilidad de su cuerpo y la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos entre las personas, en la familia, el estado y la sociedad, las dos primeras son inevitables, debido a que nunca dominaremos por completo la naturaleza y nuestro organismo, pero respecto a la insuficiencia de las normas, no hay una admisión de las mismas, hay una negación del hombre a admitirlas.

Por ejemplo, Freud (1929) refiere respecto a la belleza que la cultura ha exigido al hombre, de alguna manera, que la venere como búsqueda de la felicidad, pero no sólo eso, se le exige desde la cultura el orden y la limpieza; la suciedad no es conciliable con la cultura, se exige incluso en el cuerpo, vemos como los niños en su infancia pueden jugar con su excremento y esto les es natural e incluso placentero, pero para su familia y para la sociedad no lo es; la educación presiona aquí al pequeño a apresurar el curso del desarrollo, destinada a restar valor a esos excrementos, a volverlos

asquerosos, horrorosos y repugnantes , sin embargo, no sólo se encarga de poner esos limitantes, sino que también es la que permite generar lazos de amor.

El amor, como construcción de la cultura, encuentra que los sujetos buscan amar y ser amados, en el amor encuentran felicidad, a pesar de esto, como lo expresa Freud (1929), estamos menos protegidos cuando amamos, desvalidos y desdichados cuando perdemos el objeto amado o su amor; esto se puede ver reflejado en la relación de los padres e hijos y cómo estos últimos sufren la pérdida de ese objeto de amor (la madre) y hacen invenciones con esta pérdida, con un fin: tapar ese sufrimiento.

La cultura definiría incluso en muchas ocasiones esas elecciones de amor, el amor fundó la familia, designa el vínculo entre el hombre y la mujer, que a su vez fundaron una familia y se da a ese nombre a los sentimientos positivos entre padres e hijos, entre los hermanos dentro de la familia; este amor de meta inhibida, se le describe como ternura, lleva a la construcción de fraternidades y el amor genital a la formación de nuevas familias (Freud, 1929, p. 100).

La cultura introyecta en los individuos, una consciencia moral, un sentimiento de culpabilidad, siempre vigilante. Las frustraciones de la vida moderna, mucho más frecuentes por las constantes incitaciones que se le presentan a sus protagonistas, acentúan el rigor del súper Yo: el fracaso da más énfasis a la culpa. Se puede establecer una relación entre la culpabilidad y el progreso de la cultura, ambas aumentan en el mismo sentido (Gomá, 1977).

Todo lo que le es dado al sujeto desde su infancia, límites, prohibiciones, significantes y demás, serán los que van a definir la manera como este se desenvolverá en su sociedad y cómo impartirá a sus hijos lo que le fue heredado. Es evidente que lo que le sucede al niño (acontecimiento infantil), queda marcado en el adulto, deja una huella imborrable, pero no quiere decir que este hecho determinará lo que será o no será el adulto, “¿Cómo podemos responsabilizarnos frente a hechos que vienen de la demanda del Otro?” (Soler, 2014, p. 14). Cuando hablamos del niño en el adulto se podría pensar que el adulto también marca la vida del niño y viceversa, aun sabiendo que hay diferencias en sus organismos, diferencias en sus demandas,

pero siempre va a haber un principio de sucesión, no sólo desde el cuerpo, sino también desde los desplazamientos de las exigencias de los padres, este es uno de los puntos, ambos demandan algo, se pone en juego el deseo y lo que se solicitó de ese otro.

4. El niño y las figuras parentales

La posición del gran Otro,² para el niño está ocupada primeramente por la madre, quien representa el amor y la protección, su ruptura con ella crea el complejo de castración, el cual se constituye precisamente cuando el padre, siendo este la ley en el deseo, quien prohíbe y priva al niño del goce sexual con su madre, interviene en la relación madre e hijo. El hijo descubre que ese Otro no es completo, que padece una falta. Los niños y las niñas se encuentran en una lucha constante entre: lo que desean, sus impulsos pulsionales³ y lo que deviene de sus padres y la sociedad misma.

Según Soler (2014), Freud nunca hizo una distinción entre el inconsciente del niño o el adulto, pero es necesario pensar y preguntar sobre las consecuencias que tiene el inconsciente sobre el organismo viviente al principio de la vida y en los otros momentos de la misma, teniendo en cuenta que los seres humanos son sujetos de la sociedad y cultura, es decir que, las elecciones y responsabilidades también pueden estar dadas por eso que viene de los padres, que son los que de alguna manera pueden determinar la relación del niño con el adulto y la del adulto con el niño.

Es claro, como lo propone Soler (2014), que antes de dar respuesta a lo propuesto del niño en el adulto, se debe observar si hay una diferencia entre ambos, aunque según la autora, no la hay: no hay diferencia a nivel donde el objeto a, opera deseo y goce (p. 42). Entiéndase por deseo aquello que impulsa a la vida, lo que moviliza a un sujeto a crear lazos hacia el semejante, en una sociedad trazada alrededor del goce, es la voluntad misma, el motor de la vida y, por ende, es el goce el que

² El “petit autre” el pequeño otro, es el otro que no es realmente otro, sino un reflejo, una proyección del yo; simultáneamente, el semejante y la imagen especular, está totalmente inscrito en el orden imaginario. Por su parte, el gran Otro, designa la alteridad radical, la otredad que trasciende la otredad ilusoria de lo imaginario: no puede asimilarse a través de la identificación. Lacan equipara esta alteridad con el lenguaje y la Ley; por ende, el gran Otro está inscrito en el orden simbólico, “el Otro debe en primer lugar ser considerado un lugar, el lugar en el cual está constituida la palabra (Grippe, 2016, párr. 5).

³ Para Jean Laplanche & Jean- Bertrand Pontails (1996), la pulsión es un proceso dinámico consistente en un empuje que hace tender al organismo hacia un fin y refiere que para Freud la pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin. Así pues, el concepto freudiano de la pulsión (Trieb en alemán) se establece en la descripción de la sexualidad humana (pp. 324-325).

empuja a los vicios, en un intento inconsciente de borrar al Otro, porque el goce es el Uno y no cabe nadie más, el goce no crea lazos sociales y tiende a la repetición, a la búsqueda de volver al principio, como pulsión de muerte.

Lo que va a determinar en cierta medida los deseos y goces de los hombres y mujeres y que lo llevará a movilizarse en la sociedad que habita será la infancia de cada sujeto y cómo este la atravesó, las huellas que la marcaron, su historia, los tratos que recibió de un adulto. Frigerio (2008) comenta: “algo del niño sigue presente e insiste en el adulto, y este pequeño en el grande se pondrá de manifiesto en todas las edades de la vida e intervendrá entre bambalinas en la relación que cada adulto establece con cada niño” (p. 38).

Las relaciones que establece el adulto con el niño tienen incidencia en esas vivencias de la infancia, en lo que es y será cada uno, en las decisiones y en el modo de relacionarse con los semejantes; un claro ejemplo se observa cuando un sujeto realiza lo mismo con su hijo, tal cual como le sucedió a él en su infancia: en una entrevista un sujeto manifiesta, que presuntamente había maltratado a su esposa e hijo, él mismo comenta que consume alcohol y cocaína, pero no deja de lado a su padre, “mi padre también golpeaba a mi mamá y a mí, consume y consumía cocaína, pero yo lo amo y no pude dejarlo”.

Esta vivencia evoca una de las tantas situaciones que marcan a un sujeto y que lo dejan atado al goce de su familia, en este caso el del padre, pero hay otros casos en donde lo que puede influir, son los deseos de uno de los dos padres o de ambos. Lo infantil, acompañará al sujeto a lo largo de su vida. “Todo el mundo interno de los adultos se conmueve cuando proyecta un niño, cuando está confrontado a un niño, cuando piensa la infancia, cuando trabaja con un pequeño” (Frigerio, 2008, p. 74).

Se debe considerar el hecho de que la situación presentada, no indica que suceda en todos los casos. Existen personas para las que los niños puede generar desagrado o disgusto, esto siempre atado a las vivencias y traumas infantiles que los marcaron. Los primeros años de vida, están marcados por lo que deviene de los padres, por esos accidentes históricos y los factores nativos, pero no todos dejan traumas en el sujeto o están guiados por ese goce pulsional e inconsciente del

mismo. El sujeto no escapa de lo que fue y vivenció y más, si se generaron en el mismo marcas imborrables, y por más vergonzosas que sean, inconscientes y reprimidas que estén, en los sueños se recuerda que siguen latentes, es decir que lo infantil no pasa de largo y sigue presente en la vida de cada sujeto, aunque el adulto no sea consciente de esto, un claro ejemplo, es cuando se observa que muchas de las relaciones amorosas de los individuos están permeadas por las relaciones que sostuvieron con su madre o padre.

Lo infantil es entonces, la fuente de lo inconsciente e incluso los procesos del inconsciente son los que se establecieron en la primera infancia, esto ratifica que lo inconsciente de la vida anímica, es lo infantil y que regresa a la consciencia a través de los sueños o de las relaciones que se establecen con los demás, como se mencionó con anterioridad, las relaciones de pareja, sin embargo, no son las únicas, también se puede observar esta presencia de lo infantil en el adulto, cuando se relaciona con un menor y las acciones, nombramientos y pensamientos que realiza cuando está en presencia de este.

El adulto, aquel que fue un niño, lleva a cuestas toda una historia infantil, cargada de deseos y angustias provenientes de sus padres, todo esto, de alguna manera va a determinar lo que es o no es y determinará incluso el modo de relacionarse con los otros e incluso el modo en que se relaciona con los niños, esto se relaciona con el hecho de que se encuentran sujetos que pueden indicar el deseo de ser padres, de trabajar con niños, de tener acercamientos con los mismos, pero también es fácil encontrar sujetos que con el hecho de mencionar algo relacionado con este infantil sujeto, puede desencadenar reproches y malestares.

Otro aspecto que se puede abordar con respecto a lo anterior, es el de transmisión psíquica, donde se plantea cómo el hijo es para los padres aquel heredero de sus deseos irrealizados, de sus inhibiciones y hasta de sus prohibiciones; el niño se convierte entonces, en aquel sujeto que lleva a cuestas las creencias, valores y competencias que garantizan la continuidad familiar, grupal y cultural, el niño es la representación total de aquello que hay en la familia, de lo que le falta a ese padre y a esa madre, es la representación de la cultura y de la sociedad en la que se encuentra inmerso. Todos los significados que se le han otorgado a lo que es un niño, han moldeado las relaciones que tienen con los adulto, los niños son los sujetos reconocidos para muchos dónde se

gesta la infancia, pero para psicoanalistas como Freud, la infancia nunca desaparece del sujeto, por el contrario, deja marcas imborrables que se inscriben en cada individuo, es aquí donde se observa cómo este concepto se puede abordar desde lo singular de cada sujeto y desde lo colectivo en el individuo, como sujetos que hacen parte de una sociedad.

En la contemporaneidad, se ha idealizado al menor y se sobreestima el hecho de que haya una ruptura de la familia nuclear; la infancia está catalogada bajo sinónimos de inocencia, es el niño su majestad intocable, es la figura asexual. En la sociedad actual, devienen muchas más significaciones para con el niño, pero el psicoanálisis no deja de referir que el niño al igual que el adulto, es un sujeto del inconsciente, sueñan y relatan sus sueños, se interrogan sobre sus significados, es decir, que el niño está inmerso en el lenguaje como todo ser hablante, al niño se le puede escuchar y hablar con la misma dignidad que al adulto, no son una presencia muda, es el sujeto del lenguaje y el ser humano nunca se va a separar de este, esto es lo que de alguna manera lo diferencia de los animales.

El niño es un eslabón de una historia familiar que hace cadena, representado en los imaginarios que los padres o cuidadores y entorno familiar tienen frente a ese niño. La familia está construida por dos historias, la del deseo de esa pareja y la de los imaginarios, fantasmas y fantasías de cada una de las familias de las parejas, es decir, que se deben ver cuáles son las pasiones en relación a ese niño y es ahí, donde él ingresa, es a esos lugares donde debe inscribirse. Desde el nacimiento, el niño ingresa a esas cadenas que pueden abarcar varias generaciones, y esto hace depender la manera de cómo los padres de este niño, lo reciben; es aquí donde se observa si a ese niño se le permitirá marcar su propia historia o estará destinado a repetir la historia de alguno de sus padres. El niño es recibido para compensar la historia de estos, para glorificarla, y es en todo ese entramado familiar, donde surgen las relaciones que el niño pueda establecer y donde este tal vez se constituirá como sujeto.

En el ámbito familiar, hay que reforzar el vínculo de aprendizaje entre padres e hijos y ponerse en el papel activo de presentar el mundo y pensar en las habilidades que no dominan como oportunidades para actuar y así ayudar en su desarrollo. Sin embargo, y en conformidad a lo abordado, se debe tener en cuenta que, el adulto cumple un rol como mediador no sólo del

aprendizaje del infantil sujeto, sino de ingresarlo al lenguaje y a la cultura, todo esto dependerá de sus primeros años de vida y el deseo puesto.

En la cotidianidad, es posible encontrar expresiones como: crecer, ser adulto, tener responsabilidades, estas recaen sobre los niños, pero los adultos tienen un factor determinante para que se logren de manera idónea. Los accidentes históricos, la relación con los otros y con los padres, con la sociedad, y todo aquello que se vivencio en los primeros años de vida y que dejaron huellas imborrables en el sujeto, van a determinar estas relaciones niño - adulto y adulto-niño, relaciones de amores y odios, de deseos, de desencuentros e insatisfacciones. Entonces, ¿Quién es el adulto sin el niño y quien es el niño sin el adulto? La construcción psíquica depende del uno y del otro, a pesar de la amplia diferencia física que existe entre ambos, es claro que ambos son sujetos del goce y del deseo y ambos forman sociedad y cultura.

4.1 El niño y el deseo de la madre

“La madre es en todo sentido activa hacia el hijo, y hasta respecto del acto de mamar puede decirse tanto que ella da de mamar al niño cuanto que lo deja mamar de Ella”
(Freud, 1932b, p. 107).

La madre es el primer Otro con el que se encuentra el recién nacido, toda demanda es dirigida hacia ella, esto, da una ubicación omnipotente a la madre, ya que ella es quien decide si dar amor o no al niño, además, da la marca de la articulación significante, y es la pasante de deseo a sus hijos. Con esto, queda claro que el deseo de la madre es una cuestión vital, porque permite que el niño se constituya, pero esto, puede traer un riesgo, ya que la madre puede tomar a su hijo como objeto o como satisfacción de su propio deseo.

El primer objeto de amor del varoncito es la madre, quien lo sigue siendo también en la formación del complejo de Edipo, en el fondo, durante toda la vida. También para la niña tiene que ser la madre y las figuras del ama y la niñera, que se fusionan con ella el primer objeto; en efecto, las primeras investiduras de objeto se producen por apuntalamiento en la

satisfacción de las grandes y simples necesidades vitales, y las circunstancias de la crianza son las mismas para los dos sexos (Freud, 1932b, p. 110).

El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultar indiferente, siempre produce estragos. Es como estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre, no se sabe que mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Esto es el deseo de la madre, pero hay un palo de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia en la boca, y eso la contiene, la traba, es lo que se llama el falo, que es el palo que te protege, si de repente, eso se cierra. Cabe destacar, que la mosca que podría picarle y hacerle cerrar la boca, es entendida como una ley caprichosa, incontrolada que persiste bajo la figura del Superyó materno; aun cuando se sustituye esta ley por la ley paterna al introducirse la Metáfora del Padre (Álvarez, 2009; Lacan, 1970).

Efectivamente, el deseo de la madre es como estar dentro de la boca de un cocodrilo y cuestiona el hecho de lo que implica estar en este lugar, de estar alojados allí, de que es una amenaza constante, un peligro donde el niño puede ser tragado y a pesar de que en este mismo lugar estará protegido y cuidado, también estará constantemente amenazado por la madre, amenazado por lo que aparentemente es protección (Toro, 2013).

En consulta, se escucha a algunos pacientes que sostienen una relación fuerte con la madre, que se sienten en deuda con la misma, que le deben todo porque esta sacrificó su condición de mujer por ellos, por sus hijos, se escucha incluso decir que a la madre se le debe perdonar todo, por el simple hecho de darnos la vida. En los primeros años de vida, los sujetos se inscriben al deseo de la madre con un fin, y es el de existir, la madre es quien les ama, les alimenta, les brinda caricias y palabras; es quien interpreta el grito, llanto, risas, desde lo que la madre conoce del mundo, desde su propio deseo sabe lo que ese bebé necesita. La palabra coloca en el pequeño lo que la madre desea, la madre dice del deseo de su hijo y él comienza a saber de su propio deseo a través del deseo de ella. Ahora bien, la madre ofrece o dona al niño su propio mundo, pero con la condición de que su hijo acepte ser su objeto de deseo, plegarse a su deseo y el niño en su enorme indefensión y dependencia, se somete al designio del deseo materno, él no quiere, ni puede perderla, él también aspira a ser su único objeto de amor (López, 1998).

El deseo siempre produce estragos, entonces lo insoportable de la madre lo es, porque de ese deseo inevitablemente emerge un daño, lo nefasto. Lacan, no está refiriéndose a la condición de bondad, protección e incondicionalidad que a veces se le otorga a la madre, se refiere a una dimensión en el deseo de la madre, ominosa, que inevitablemente produce daño, catástrofe, devastación. Entonces, sin importar el deseo de la madre y cómo esta sea con sus hijos, siempre se va a producir en ellos estragos. Incluso, se ha tentado en dividir en dos grupos a las madres, unas, son aquellas que producen estragos porque les hacen daño a sus hijos, los abandonan, los asesinan, los golpean hasta la muerte, los intercambian por dinero y los abusan y otras, eran aquellas madres bondadosas, las incondicionales, las santas, que al no poner límites a sus hijos y no oponerse al goce, estos podían ser trasgresores de la ley. Queda claro, que todas las madres producen estragos, se observa que ni la que es “santa” los deja de producir, tiene que ver también con el deseo de la madre, deseo que produce un daño e inclusive a pesar de las buenas intenciones, por ejemplo, es común escuchar la queja de: “yo en qué fallé con mi hijo”, en el discurso de algunas madres, en el que muy probablemente puede leerse su corazonada de que algo más allá de lo que puede controlar se le deslizó y produjo daño en lo más amado (Toro, 2013).

La madre se sitúa, y así va conociéndola poco a poco el niño, como marcada por esa falta fundamental que ella misma trata de colmar, y con respecto a la cual el niño le aporta tan sólo una satisfacción que podemos llamar, provisionalmente, sustitutiva (Lacan, 1956-1957, p. 243).

Ahora bien, no se trata de la sexualidad femenina en relación a la falta, sino en relación al exceso a lo suplementario que hay en la mujer. En este sentido, la mujer, no estaría solo en relación a la falta sino al exceso, exceso suplementario. Pero no es un goce complementario (Miller, 1998; Toro, 2013). El Deseo de la madre produce estragos, los produce ineludiblemente, porque lo que sitúa el deseo de la madre y de algún modo aviva su existencia y su presencia frente al niño, es un resto que tiende al exceso y que se presenta una y otra vez para producir estragos. Este goce suplementario, esto que escapa a la tramitación del falo, aparece de pronto, súbito, cuándo no se le espera, para devorar cuánto se cruce a su paso. Hay entonces, una diferencia entre deseo de hacerse madre y el Deseo de la madre. Para Freud, el deseo de hacerse madre es una respuesta de algunas mujeres frente a la castración (Toro, 2013).

El deseo con que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda, originariamente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre. Sin embargo, la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene. No se nos escapa que la niña había deseado un hijo ya antes, en la fase fálica no perturbada; ese era, sin duda alguna, el sentido de su juego con muñecas. Pero ese juego no era propiamente la expresión de su feminidad; servía a la identificación-madre en el propósito de sustituir la pasividad por actividad. Jugaba a la madre, y la muñeca era ella misma; entonces podía hacer con el hijo todo lo que la madre solía hacer con ella. Sólo con aquel punto de arribo del deseo del pene, el hijo-muñeca deviene un hijo del padre y, desde ese momento, la más intensa meta de deseo femenina (Freud, 1932b, p. 119).

Puede decirse, que lo que está en el fundamento de la función del padre, del padre consistente, es que se las arregla como pueda con la falta de la mujer. El deseo de la madre ineludiblemente produce estragos, porque un padre, aunque es una gran piedra que traba la boca del cocodrilo y ha accedido a la posición paterna, nunca es padre enteramente (Toro, 2013).

4.2 El niño y la función paterna

La función paterna, es indispensable en la estructuración psíquica del niño, ya que habrá de prohibir a la madre que tome a su hijo como objeto de goce, introduciéndose así la castración y colocando al sujeto en una posición de falta, siendo esto fundamental para el surgimiento del deseo del niño. De esta función paterna, que se encuentra principalmente en el complejo de Edipo, surge la metáfora paterna; es importante aclarar que nada tiene que ver con la ausencia o presencia física del padre, es un padre simbólico y esto, se precisa sosteniendo que es una metáfora, entendiéndose desde el psicoanálisis como una identificación, el padre es un significante que sustituye otro significante, es decir, que la metáfora paterna es una sustitución por identificación. El padre sustituye el lugar de la madre.

De esta manera, se puede observar cómo el deseo juega un gran papel, y es que inicialmente el niño va a ser la meta o el objeto de deseo de la madre, pero el padre, quien representa el falo, es

quien va a intervenir en esta relación. El infantil sujeto opera con fantasías inconscientes que acompañan el proceso de satisfacción pulsional. A lo largo de todo el período de latencia, el niño aprende a amar a otras personas que remedian su desvalimiento y satisfacen sus necesidades. El trato del niño con la persona que lo cuida, es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexual a partir de las zonas erógenas y tanto más, por el hecho de que esa persona, por regla general la madre, dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa, lo mece y claramente, lo toma como sustituto de un objeto sexual quizá ya perdido.

Se podría decir que, hay momentos en los cuales se va constituyendo el sujeto, pero es importante entenderlos como momentos lógicos, en los cuales, la cronología de los hechos no tiene mucho que ver. Uno de estos momentos, es lo que Freud denominó el complejo de Edipo, en el que el niño se encuentra con la castración y, por lo tanto, recae en él una barra, se inscribe la posibilidad del deseo, de la falta y se inscribe en él la ley, se inscribe en la cultura, en lo simbólico. En estos primeros momentos de vida se instaura el inconsciente y se posibilita el deseo.

La estructuración subjetiva del niño se culmina en el complejo de Edipo y es así como existe un lugar del niño en la estructura psíquica, cuando se da esto, se está hablando ya no de niño, sino de sujeto, sujeto del inconsciente y dependiendo de la estructura, este lugar tomará una forma, esto quiere decir que el sujeto niño, tendrá un modo singular de respuestas y ubicación en estas (Rojas & Lora, 2008).

Es pertinente, tener en cuenta que en esta relación entre la madre y el hijo, el padre es un tercero que debe intervenir en esta relación de goce, debe interponerse para que el niño acceda a su ser de sujeto, debido a que la prolongación de esta relación borraría la posibilidad de que el menor sea un distinto; el padre, entonces, es el eco de una palabra fundamental que se instituyó al comienzo de la historia, visto como la ley, como prohibición, la función paterna es todo lo que circula del lado de la cultura.

El padre como función simbólica opera en la madre, atravesada ella misma por la ley del padre. Madre que, habiendo aceptado la castración, lo imposible del goce infinito con la madre y con su progenitor, sabe de la prohibición, porque sabe también, sin querer saberlo,

de su deseo de ser completa y completada. Ese padre de la madre es el que permite que ella reenvíe al niño o a la niña al padre, al Otro. Es la función paterna la que permite salir del atrapamiento de esa relación inicial en espejo, donde hijo y madre quisieran quedarse confundidos. El padre de la madre y el padre real, si decide cumplir su función, impiden al niño perderse en el caos y sostener su deseo, frente al goce (López, 1998, p. 7).

Para que la función del padre real opere y este pequeño sujeto acepte tal llamado de la prohibición y se instaure la ley, la madre debe designar al padre como el hombre que ama, es decir, que debe reconocerlo y así imponerse la función simbólica del límite y el menor se constituirá como sujeto deseante, la función del padre es primordial para este corte, pero sin el llamado de la madre al padre a través de la palabra, no se produciría lo referido.

El padre real permite revivir ilusoriamente en el hijo la relación con el padre omnipotente. Padre imaginario que todo lo sabe, que todo lo puede, aquel que incluso puede acceder a la madre en un claro desafío al deseo del niño y en una abierta transgresión a lo que a al niño se le ha prohibido (López, 1998, p. 7).

Al intervenir el padre en la relación madre e hijo, se instala un conflicto en el sujeto y deviene una ambivalencia: odio, dolor, resentimiento se generarán en el inconsciente por la pérdida o más bien, por la prohibición de la madre como objeto de goce, sin embargo, este padre simbólico que instala la prohibición y se instaura en el sujeto como el súper yo, va a guiar a la persona, generando una consciencia moral y crítica, marcando los ideales, pero esto, no quiere decir que deje de insistir y que se merme el empuje hacia el goce prohibido (la madre), el sujeto se debate entre estos dos opuestos. Ahora bien, se debe considerar que esta función paterna como garante de la ley, debe ser cumplida por cualquiera, no necesariamente por el padre real, pero cuando esto no sé da, el padre puede en muchas ocasiones ser el que toma al menor como objeto de goce y nadie intervenir en esta relación.

Es común encontrar contextos familiares donde el temor de la madre a perder el amor de su esposo, contribuye a que esté dispuesta a sacrificar a su hija con tal de que él no se vaya, y para garantizar su presencia accede al pedido que el hombre le hace de hacer que su hija

sea puesta al servicio de su goce, de su satisfacción sexual sin límite, sin regulación, sin ley. En estos casos es la hija la que está entramada en el fantasma perverso del padre al que la madre sirve, y para lograrlo, la madre se vale, bien sea del silencio, de “hacerse la boba”, de argumentaciones en las que hace responsable a la hija de la situación, como, por ejemplo: “es que usted lo provoca y hace que la busque y la toque”, o de dichos que, a manera de imperativo, empujan a la hija a consentir el abuso (Fernández, 2009, p. 1).

Cuando la función paterna no aparece, y aquel padre o padrastro se presenta al niño o a la niña como un hombre, un hombre que no establece la ley, si no el sin límite, la madre al aceptar esta situación, también está llevando a que ese infantil sujeto en muchas ocasiones no sepa cómo responder ante esto y puede que en su adultez termine gozando de su cuerpo o del de otros, sin un límite, o acabando con los otros, porque no encontró una ley o una norma que prohibiera.

Cuando este significante *padre* se convierte en amo absoluto, cuando los miembros de la familia no están prohibidos como objetos sexuales, cuando se puede hacer con el cuerpo del otro a voluntad, la familia no cumple con su función de crianza. Se encuentran niños que crecen solos, sin cuidados, con un discurso pobre, porque no han sido hablados. Si la castración hace un sujeto con historia, en estos casos, la historia queda interrumpida y el niño se mueve en un presente que lo inmoviliza, sometido a la voluntad de otro y convirtiéndose en anónimo (Hardmeier, 2014).

Por su parte, cuando una madre consiente, por ejemplo, un abuso, provoca el estrago en el infante, en tanto ella no trasmite un padre que prohíbe, que esté regulado por la ley, sino el que tiene derecho a gozar. Si el padre que prohíbe estuviera, regularía los desmedidos, los sin límite de su sexualidad, pero al no ser regulado por la prohibición del incesto, deja situado a un menor en el lugar de instrumento sexual, del cual puede disponer y cuando estos abusos se presenten en el momento de la vida llamado la latencia,⁴ pueden afectar negativamente al sujeto.

⁴ La latencia es un período intermedio, entre la sexualidad infantil y la adulta, es un momento lógico ubicado cronológicamente entre los cinco y los once años, en el que se levantan diques anímicos contra los excesos sexuales; estos son, el sentimiento de vergüenza, el asco y la moral. Diques que contribuyen a la represión al oponerse al goce incestuoso, favoreciendo el ingreso del sujeto a la cultura. (Fernández, 2009, p. 3).

La interrupción de la latencia puede alentar a un sujeto a repetir un goce prematuro, y con ello a instalarlo en un goce perverso, en el que se dan formas de satisfacción sexual sin que medie la ley (Fernández, 2009, p. 3).

Ahora bien, cuando un seductor trata al niño o a la niña prematuramente como un objeto o instrumento de goce, puede provocar una gran impresión, al introducir una nueva forma de goce, un saber sobre la satisfacción de las zonas genitales, provocando la emergencia de la sexualidad del adulto durante la infancia, facilitando que el niño o la niña puedan quedar fijados a un goce perverso y que se instale en estos una disposición a practicar todas las transgresiones posibles, al no encontrar muchas resistencias, porque no se han erigido aun los diques anímicos contra los excesos sexuales (Fernández, 2009). La función paterna es entonces, fundamental en la relación que establecen los sujetos con sus padres, dando lugar a que el niño o la niña ingresen a la cultura, que su goce pueda ser regulado y que sean sujetos deseantes, en tanto su deseo esté puesto a favor de la cultura, del vínculo social.

La inscripción a la ley como núcleo fundamental de toda cultura es particular en cada sujeto. Cada uno, cada quien, vive en lo más desconocido, pero en lo más clamoroso de su ser las consecuencias del deseo y de las palabras de la madre y los efectos de haber entrado en la ley del padre y de haber ocupado un lugar en su deseo (López, 1998, p. 8).

5. El sufrimiento psíquico en la infancia

Una cuestión central, es pensar que el niño no es un producto liso y llano, efecto de un funcionamiento familiar y social, sino que, sin tener necesidad de recurrir a hipótesis biológicas, tiene ciertas disposiciones que le permiten de un modo a veces azaroso, registrar e inscribir ciertas representaciones y no otras, vivenciar algunas situaciones como terroríficas y otras como placenteras, sin que esto corresponda puntualmente con la situación misma. Un niño está atento a la realidad psíquica de los otros que lo rodean y de ella toma fragmentos, pedacitos, que elabora del modo en que puede. Janin (2011) menciona, “todo niño arma un recorrido propio, dado por sus propias disposiciones y por el encuentro que pudo armar con los adultos que lo rodean” (p. 34).

Podría pensarse entonces, que un niño es indefenso hasta en su elección, que el otro elige por él. El adulto supone que todo lo que le dé al menor será precisamente lo que este asumirá como su verdad y lo que será como sujeto, pero no, el niño a pesar de su corta edad puede tomar de manera inconsciente algo de cada adulto, en ocasiones elige de manera consciente pero no es lo que lo marcará desde lo traumático. Las elecciones que hace cada sujeto y lo que es como adulto, se empieza a generar desde la infancia, hay una historia llena de vivencias, de marcas, de huellas de lo vivido que acompañan a cada persona, y el niño irá tomando de todas estas situaciones diferentes cosas, o sólo una, que puede ser la elegida de manera inconsciente, y es precisamente, lo que lo llevaría a una identificación y/o a la tendencia a la repetición a lo largo de su vida.

Según lo mencionado por Janin (2011), las fallas en la organización deseante, en la libidinización o en la organización yoica, se van dando en el vínculo con un otro que abre zonas erógenas, liga erotismo y ternura, calma, contiene, marcado a su vez por su propia historia. Es decir, es en los avatares mismos de la constitución psíquica que están posibilitadas las perturbaciones. Perturbaciones múltiples que nos permiten pensar la variedad y la riqueza de la psicopatología infantil (p. 36).

Los niños y las niñas están determinados por lo que toman del adulto y lo que les es dado por este mismo, historias, decires y no decires, palabras, identificaciones, limitantes, normas e

ideales, no se convierten solamente en una historia individual, sino que implican a la familia, a la cultura y a lo socialmente determinado.

Repensar la psicopatología infantil, implica internarse por los caminos de la insistencia pulsional, de los movimientos defensivos tempranos, de las identificaciones primarias y secundarias y de la constitución de las instancias psíquicas, no sólo en el niño, sino en su familia y en un contexto social determinado. Cuando se habla del sufrimiento psíquico en la infancia y lo patológico en esta etapa de la vida de las personas, se debe pensar en la época, en el contexto en el que se encuentra y lo que esa sociedad específica piense del niño, de la infancia, de lo que considere sano o patológico para ellos, de los ideales y de lo que se determine como normal o anormal.

Se puede observar cómo los niños con su poca experiencia para afrontar las situaciones, asombrados, apasionados, aterrados, en un mundo en el que fantasía y realidad se superponen, van armando su propia subjetividad. Sujetos a los deseos de sus padres, pero también a sus ideales, a sus normas, a sus triunfos y desdichas cotidianas. Padres que están marcados por su propia historia, por las de sus antepasados y también por la sociedad en la que les toca vivir (Janin, 2011, p. 59).

El adulto, que es transmisor de un contexto establecido, también va a determinar la realidad de ese menor. Cuando el pequeño nace, se encuentra con su grupo familiar y social, los cuales lo ingresarán a la cultura y le darán o no un lugar y proyectarán en él anhelos y deseos.

La realidad de un niño pequeño es la realidad psíquica de aquellos investidos libidinalmente, de los que lo alimentan, cuidan y erotizan. Todo bebé detecta los estados anímicos de su madre, y suele suponerse causa de esos estados. Por eso, alegrías y dolores derivados de situaciones sociales pueden ser vividos como habiendo sido generados por él (Janin, 2011, p. 60).

Si se detiene a pensar en el significado de lo que es un niño, se tendría inicialmente que pensar la época en la que se encuentra, ya que cada época tiene su propia representación de lo que este es o debe ser, además, construye modelos de sociedad, de paternidad, de maternidad, de hijos

y de familia, es decir, pensar en lo que es una patología depende también de la época y de las condiciones socioculturales. Las crisis económicas, violencias y demás, pueden traer consigo depresión, enfermedades psicosomáticas y/o ansiedad, quejas constantes que llegan a los consultorios médicos y psicológicos actuales.

En la época actual, según lo propone Janin (2011), hay características que inciden en la construcción de la subjetividad tales como: la infancia se ha idealizado, los niños se han considerado como todos poderosos, el adulto ha perdido la autoridad con el menor, se sienten anulados, sin lugar. Hay un temor constante de los niños y niñas por ser adultos, en tanto que los adultos han creado un futuro catastrófico, lleno de amenazas; pocos niños pueden entonces proyectarse sueños o tener deseos de ser grandes.

Hay una necesidad de que el sufrimiento sea ocultado, que el dolor no se muestre, los duelos deben ser rápidos, no se puede estar triste, se les exige a los niños y niñas estar bien siempre o si aparece una situación dolorosa debe superarse en el menor tiempo posible, no hay un lugar para el dolor y mucho menos hay quién lo escuche, incluso, si aparece en los niños se les tranquiliza con objetos. Además, hay una desvalorización del juego, los niños y las niñas ya no juegan libremente, unos porque los padres los mantienen ocupados en actividades extraescolares y otros porque deben suplir o acompañar al adulto en actividades del hogar, cuidados de hermanos pequeños y/o laborando.

Las imágenes, hoy prevalecen sobre la palabra; video juegos, celulares, televisión, ocupan los puestos de las historias, de los relatos. Las palabras son un tipo de representación que permite traducir pensamientos y afectos, de modo que puedan ser compartidos, respetando secuencias. En la actualidad, impera el aquí y el ahora, los problemas deben resolverse inmediatamente, no hay preocupación por las causas de ciertas conductas de los niños por eso prima la resolución de las conductas o patologías por medio de medicamentos que calmen el síntoma, que controlen dicha conducta, taponando con drogas los problemas.

El consumo desenfrenado aparece como parte del ideal cultural, con la tendencia a llenar todos los vacíos con objetos. De este modo, los vínculos quedan en segundo plano, no hay tiempo para desear o los deseos son imperativos y cambiantes permanentemente, obturando el armado de fantasías.

El psicoanálisis, ha demostrado que el niño sufre, hace elecciones, es responsable de su forma de goce, es un sujeto atravesado por el lenguaje y ello es lo que origina los cuadros sintomatológicos propios de la infancia: enuresis, hiperactividad, problemas de aprendizaje y demás. Su sufrimiento es explicado por el lenguaje, el cual proviene de sus padres, quienes le dan un lugar en el mundo a través de demandas que van más allá de sus pulsiones originales. Se debe comprender, que sin importar la etapa de desarrollo en la que se encuentre el sujeto, niños, adolescentes y adultos entran en el mismo orden del goce y del deseo, allá donde el goce va más allá del principio de placer, a la tendencia a la repetición y sujeta a la pulsión de muerte, mientras que el deseo está atado a mantener al sujeto vivo, lo moviliza y lo lleva a una búsqueda constante, teniendo en cuenta que este deseo jamás cesa, todo lo contrario, el sujeto nunca está satisfecho.

Los niños son receptores de las historias de sus padres y abuelos. Historias muchas veces traumáticas, que en las situaciones de crisis vuelven como si fueran actuales. Y deberán apelar a salidas creativas para poder elaborar traumas ajenos. Salidas creativas que a veces implican un esfuerzo muy importante al aparato psíquico, sobre todo si los adultos no acompañan en esa búsqueda (Janin, 2011, p. 244).

El adulto, es quien va a presentar el mundo al niño y no sólo le indicará cómo debe ser su relación con él, sino que también lo entregará al mundo, y se observará si encajará o no en esté, situación que llena de angustia a este infantil sujeto, debido a que las solicitudes de su familia y de la sociedad, pueden generar en el menor enfrentamientos con sus ideales, con los de los otros y con los de la misma sociedad, además, la cultura y cada momento histórico, como ya se había mencionado, vienen sujetos a situaciones relevantes que construyen lo que es o no la infancia. En un mundo en el que se privilegian los números y lo visible, los niños deben cualificar sensaciones, armar cadenas representacionales, traducir efectos, construir una imagen de sí, corren el riesgo de que predomine el vacío, como ausencia de cualidades y matices, o de hacer un armado que lo encubra. En la actualidad, el vacío de sentimientos y pensamientos aparece siendo el gran protagonista de la psicopatología infantil y juvenil (Janin, 2011).

Crecer, ser adulto, tener responsabilidades, son una de las tantas expresiones que recaen sobre los niños, pero que tienen un factor determinante para que se logren de manera idónea y cuando se habla de manera idónea, se debe remitir a las exigencias que la misma sociedad impone.

En la actualidad, podemos ver adultos con depresión en relación al pasado, con depresión por insuficiencia en relación con el futuro, adultos desbordados y adultos paralizados y expectantes, y estos efectos o acontecimientos, desencadenan en los niños culpa, actuaciones maníacas, niños temerosos del futuro, con sensación de insuficiencia, apáticos, angustiados, desconectados, expectantes y depresivos (Janin 2011, p. 253).

El adulto, aquel que alguna vez fue un niño, lleva a cuestas toda una historia infantil y social que de alguna manera va a determinar lo que es o no es, el modo de relacionarse con los otros, con sus semejantes e incluso el modo en que se relaciona con los niños, determinará la historia social y responderá de una manera particular a las crisis sociales. En vista del actuar colectivo, la solidaridad y la acción conjunta de una sociedad tienden a proteger a los niños.

¿Qué queda del niño en el adulto? Tal vez todo, sus vivencias, sus relaciones y demás, pero esto no será lo más importante, sino, cuál de todas esas situaciones fueron las que generaron un síntoma, un trauma en ese sujeto y la misma que lo determinará en sus actos, deseos y relaciones con el otro, no sólo con el niño. En realidad, no se puede saber con exactitud que queda del niño en cada adulto, porque como ya se mencionó, la sociedad, la cultura, las elecciones y la responsabilización que asume cada sujeto será lo que determinará eso que quedó y que es imborrable, lo más importante, es, la manera cómo cada individuo asumirá cada evento.

Los años vividos, las experiencias y todos los acontecimientos que se atraviesan a lo largo de la vida y en especial en la infancia y adolescencia, jamás pasan al olvido, al contrario, persiguen a cada sujeto y cada uno de los acontecimientos del presente, recordará eso que se cree sepultado y tal como lo expresa Freud (1914a), los años vividos se empinan, se asoman, logrando encuentros y desencuentros con sí mismos. Las relaciones con los padres marcan, dejan una huella imborrable, son significantes que acompañan a los sujetos a lo largo de la vida y permean sus relaciones con los otros y más con aquellos, que suscitan las más internas emociones y pensamientos, que

incomodan, que obligan a movilizar a las personas, que los posicionan en el lugar del odio y del amor, tal cual como sucede con los padres.

La infancia no puede ser simplemente algo que precede cronológicamente al lenguaje y que, en un momento determinado, deja de existir para volcarse en el habla, no es un paraíso que abandonamos de una vez por todas para hablar, sino que coexiste originariamente con el lenguaje e incluso se constituye ella misma mediante su expropiación efectuada por el lenguaje al producir cada vez al hombre como sujeto (Agamben, 2011; Rettich, 2016).

Los niños y las niñas se enfrentan actualmente a una situación: al adulto que le permite gozar sin fin, ese adulto que le pregunta al niño que desea, pero que también le obliga, le demanda por medio de su deseo. Por ejemplo, aquel padre que le dice a su hijo; si no estudias, no serás nadie, esta demanda, surge a través de un superyó social y esto, deja marcas en la infancia, marcas que no siempre van a ser traumáticas o no van a tener consecuencias en el sujeto, pero que de alguna manera sí van a constituir al adulto o van a constituir las relaciones de este con ese niño. Las marcas, los excesos, los rechazos, los deseos, todo aquello que el adulto le dé al niño, lo determinará en su adultez, incluso, por más que se intente tener una crianza perfecta, siempre quedará algo en él y en las relaciones que establezca con los otros y consigo mismo.

5.1 El síntoma para el psicoanálisis

¿A qué se refiere cuándo se habla de síntoma? Esta pregunta se la hace Muñoz (2019), y es clara, debido a que va en vía de la conceptualización que se le ha dado a esta palabra y de cómo se ha tratado de definir y de utilizar desde diferentes disciplinas. El uso más extendido del término síntoma, ocurre en el campo de las prácticas de la salud y en el de las psicoterapias. Freud (1916a) refería que, “El síntoma es rico en sentido y se entrama con el vivenciar del enfermo” (p. 235).

En la medicina, se ha entendido al síntoma como la manifestación indicadora de una enfermedad y aparece a su vez, los llamados signos, que son definidos como una manifestación objetiva y observable a través de exámenes médicos. La psiquiatría, que está en este campo y con la aparición de los Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders (DSM), se ha visto un

intento de unificar los criterios, estableciendo un sistema de clasificación en categorías nosológicas y sus síntomas. Se mantiene la reducción del síntoma a la noción de signo (Hegoburu, 2014).

Según Hegoburu (2014), el DSM IV, definió el signo como una manifestación objetiva de un estado patológico que es observado por el clínico, más que descrito por el individuo afectado, y al síntoma, lo define como una manifestación subjetiva de un estado patológico y contrario al signo, este es descrito por el individuo afectado más que observado por el examinador. La psiquiatría, ha tenido entonces, una orientación esencialmente biológica donde el síntoma es observado como una disfuncionalidad o anormalidad que apunta a lo orgánico.

Ahora bien, no sólo es la medicina, la psicología y la psiquiatría las que han buscado concepciones a través del síntoma, sino que, en el campo de la sociología, de la economía y de la política, aparece también un claro ejemplo, cuando se menciona la siguiente situación: en Latinoamérica se han llevado a cabo algunas manifestaciones en el último año y esto es un síntoma de los cambios que se han venido observando en dichos territorios. Así pues, un síntoma, siempre nos va a remitir a algo que está sucediendo, a eso que está afectando a un sujeto, un síntoma de un problema, como el bajo rendimiento académico, a la forma como está siendo afectada una persona por una situación de la vida, esto es particular en los diferentes saberes, donde se puede ver asociado un síntoma al indicio de una enfermedad, a algo que no está funcionando como debe ser.

En el psicoanálisis freudiano, esta expresión conceptual adquiere otros sentidos específicos, que lo distinguen netamente de la acepción médica, debido a que esta es definida como el resultado de un conflicto psíquico entre una moción pulsional o deseo reprimido y la defensa (represión), es decir, una formación de compromiso entre ambos, y como retorno de una satisfacción sexual reprimida inconsciente, siendo la represión un mecanismo que opera en el aparato psíquico (Sarraillet, 2020).

Freud (1916a) habla de los síntomas neuróticos, mencionando que estos síntomas poseen un sentido, al igual que las operaciones fallidas y los sueños, estos están en vinculación íntima con el vivenciar del sujeto.

Si los síntomas individuales dependen de manera tan innegable del vivenciar del enfermo, para los síntomas típicos queda la posibilidad de que se remonten a un vivenciar típico en sí mismo, común a todos los hombres. Otros de los rasgos que reaparecen con regularidad en las neurosis podrían ser reacciones universales que le son impuestas al enfermo por la naturaleza de la alteración patológica, como el repetir o el dudar en el caso de la neurosis obsesiva (Freud, 1916a, p. 248).

Por un lado, Freud (1916b) hará referencia en cómo algunos síntomas pueden ser generales, como en el caso de las neurosis, pero asume que hay también síntomas que son particulares en cada persona y cómo esta atraviesa esa enfermedad, es decir, que hay síntomas que son netamente de ese sujeto. Por otro lado, mencionaba que, para los llamados psicólogos los síntomas constituían la esencia de la enfermedad, incluso, la curación de esta se daba cuando se suprimían los síntomas, pero al médico le importaba era distinguir entre estos y la enfermedad. Sostenía, además, que los síntomas, son actos perjudiciales o al menos inútiles para la vida en su conjunto, a menudo, la persona se queja de que los realiza contra su voluntad, y conllevan displacer o sufrimiento para ella. Su principal perjuicio, consiste en el gasto anímico que ellos mismos cuestan, además, en el que se necesita para combatirlos. Si la formación de síntomas es extensa, estos dos costos pueden traer como consecuencia, un extraordinario empobrecimiento de la persona en cuanto a energía anímica disponible, por tanto, su parálisis para todas las tareas importantes de la vida. Los síntomas responderían a mecanismos inconscientes, lo esencial para su formación es el mecanismo represivo, es decir, rechazar algo que aparece en lo consciente y lo aleja de la misma, colocando como ejemplo, los sueños.

La represión parte del yo, por medio del mandato del Superyó, que no quiere acatar una investidura pulsional incitada por el Ello. Mediante la represión, el yo consigue coartar el devenir consciente de la representación que era la portadora de la moción desagradable, es decir, el sujeto refiere eso que le es incómodo, que le genera pena o dolor, que le es angustiante, la represión llevará al devenir de los síntomas y no al contrario, es lo olvidado, lo que no es consciente (Freud, 1926; Muñoz, 2019).

Por su parte, Hegoburu (2014) menciona, que este mecanismo opera sobre las mociones pulsionales que deparan un displacer para el individuo, ya que son inconciliables con algunas exigencias psíquicas. Pero en los síntomas se puede comprobar que la represión no logra mantener apartados de lo consciente todos los retoños de lo reprimido. Estos acceden a la conciencia adoptando desfiguraciones, tomando la forma de síntomas (p. 12).

De acuerdo con lo anterior, se puede deducir que los síntomas, entonces no vienen a ocupar el lugar de aquello inconsciente que el sujeto no puede nombrar, sino, que vienen en el lugar de ese vacío, esa falta. Ahora bien, en un segundo momento Freud (1991), relacionó las fuentes de los síntomas con las fantasías sexuales infantiles rememoradas por sus pacientes, estableciendo que el síntoma tiene un sentido para el paciente y se relaciona con sus vivencias. Para que el síntoma se produzca, es condición necesaria que el sentido sea inconsciente, que encierre un mensaje que fue interceptado. Establece, como regla que para toda idea que parece no tener un sentido y para toda acción que parece no tener un fin, se puede buscar en el pasado de la persona la situación donde la idea se justificaba y la acción tenía un fin. En el sentido que encierra el síntoma, se puede apreciar las impresiones y vivencias del paciente donde se origina, así como los propósitos a los que obedece. Para Freud el inconsciente expresa sus contenidos en forma similar a la escritura jeroglífica; se puede considerar el síntoma como un lenguaje particular del sujeto que se puede descifrar otorgándole palabras a aquello que no está dicho (como se citó en Hegoburu, 2014).

El inconsciente aparece como una cadena de significantes donde se da la repetición, lo que se repite remite a la pulsión de muerte y se manifiesta en forma de síntoma. El cuerpo responde al Otro por la vía del síntoma, es así que se presenta como un cuerpo que dice. La realidad psíquica del sujeto está ordenada por un significante que tiene un carácter privilegiado para que opere el advenimiento del deseo. A este significante lo denominan fálico por ser valioso y generar en el sujeto una falta. El síntoma ocuparía el lugar de esa falta y el sujeto que no la logra poner en palabras la lleva al plano de lo real. Es así que del encuentro con la realidad el sujeto da una respuesta en forma de síntoma (Hegoburu, 2014, p. 20).

Se puede pensar que, para Lacan, el síntoma aparece en el lugar de aquello que no puede ser dicho, aquello que se perdió y que genera en el sujeto una falta y llegará a ocupar ese lugar en el sujeto. El síntoma, es entonces el portador de la verdad del sujeto, pero está en el orden del inconsciente, proviene de su deseo inconsciente. Sin embargo, Lacan (2006) hablaría de otro concepto, el *Sinthome*, indicaría que es una producción artística, por lo tanto, hay una sublimación pulsional, es decir, sería uno de los destinos posibles para la pulsión. Puede ser una manera de unir a la dimensión real, imaginaria y simbólica, cuando se encuentran desanudadas o cuando presentan una falla en el anudamiento. El *Sinthome* no es un síntoma, sino que corresponde a una especie de artefacto, que anuda cuando ya no hay otra forma de hacerlo (como se citó en Hegoburu, 2014).

El *Sinthome* viene a ser la invención del sujeto de hacer algo con su síntoma, viene a darle lugar a la nueva vía, le da vía a la pulsión de vida, no a la pulsión de muerte, es decir, que no está en el orden del goce, de la repetición, sino, en el orden de la sublimación, es una manera de unir las tres dimensiones (lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario), cuando estas se encuentran desanudadas o cuando hay una falla en su anudamiento.

El síntoma, por su parte, es entonces lo que se puede observar, pero no hay una inquietud por la posición del sujeto frente a lo que le está sucediendo; hay que considerar que para la comprensión del síntoma se debe tener en cuenta que hay una división y es que en el síntoma es importante la palabra, cómo se anuncia, mientras que, en el signo se trata de lo observable (Hegoburu, 2014).

De acuerdo a lo anterior, se puede encontrar una diferencia entre el adulto y el niño, los adultos tienen una capacidad más amplia para expresar con palabras lo que les sucede, por ende, en las consultas los adultos, suelen ir por cuenta propia, los niños no, ellos son llevados por los adultos por la aparición de signos, que son observables por quienes conviven con ellos. El síntoma hace parte del sujeto del inconsciente y se genera a partir de la posición que asume cada persona frente al deseo del padre y de la madre, de acuerdo a la historia familiar, y de cómo cada uno asume su sexualidad. El síntoma no se puede observar, a pesar de que el adulto lo puede poner en palabras con mayor facilidad que el niño, no es propio del niño o del adulto, aunque este último, lo refiera

en conformidad a esos eventos traumáticos de su infancia, a eso que le falta, a eso que se perdió y genero un vacío en el sujeto.

En el psicoanálisis figura el uno, el interés por cómo el sujeto habla de su sufrimiento, desde lo subjetivo, no desde el todos, por eso en la subjetividad no se involucra la mayoría, sino la singularidad. Para el psicoanálisis, cada niño, cada persona, sufre de forma diferente, por lo que es necesario ir más allá de los manuales y del para todos, para poder tener un acercamiento real a su singularidad (Muñoz, 2019, p. 40).

5.2 El síntoma en la infancia

El niño, no es el producto único de lo biológico, también está atravesado por el lenguaje que deviene de los padres, el niño siempre está atento a la realidad psíquica de quienes lo rodean, es un efecto del funcionamiento familiar y social, es decir, que arma un recorrido propio de acuerdo a sus propias disposiciones y a la de los encuentros con los adultos.

“El recorrido de crecer no puede hacerse en solitario, sin otro. El grande es para el niño, su primer intérprete, su referente y aquel de quien espera que le enseñe a vivir bien” (Frigerio, 2008, p. 81). Para los niños, la vida en ocasiones es compleja y es en esos momentos, donde el adulto debe cumplir con uno de sus roles: el de presentarle al menor el mundo, con acciones como el ponerle a disposición un idioma, mostrarle el uso adecuado de un objeto, le enseña cómo debe comportarse y qué acción debe realizar este pequeño sujeto frente a cada situación. El adulto, ingresa al infantil sujeto al lenguaje y lo apropia de la cultura en la que se encuentre inmerso, es así como el niño probablemente tendrá mejores herramientas para actuar en el mundo. Sin embargo, no siempre se garantizará que las herramientas sean otorgadas por el adulto, que lo haga de manera idónea o que el pequeño infante las reciba o las comprenda.

En *Dos Notas Sobre el Niño* (Lacan, 1969), se refiere que el síntoma del niño está en posición de responder a lo que hay de sintomático en la estructura familiar, es la alienación al fantasma materno, que es el consentimiento por el que el sujeto se inscribe en la cadena significativa del Otro. La alienación, consiste en adherirse a la cadena significativa del Otro, es así que el sujeto

se constituye en el punto de alienación a Otro, solo existe en tanto fue deseado. Por lo tanto, un niño es un sujeto de deseo y lleva a cuestras una verdad que es hablada a través de su síntoma y que, como ya se había mencionado, el síntoma viene a ocupar el lugar de una falta, en el niño entonces este síntoma, aparece como representación de la verdad de la pareja familiar.

La articulación, se reduce cuando el síntoma que llega a dominar compete a la subjetividad de la madre. Esta vez, el niño está involucrado directamente como correlativo de un fantasma, cuando la distancia entre la identificación con el ideal del yo y la parte tomada del deseo de la madre no tiene mediación, la que asegura normalmente la función del padre, el niño queda expuesto a todas las capturas fantasmáticas. El niño, se convierte en "objeto" de la madre y su única función es entonces revelar la verdad de este objeto (Lacan, 1969).

El síntoma no va a definir lo que es el infantil sujeto, ni lo enmarcará en lo que será, por eso, cuando varios sujetos tienen el mismo síntoma, no quiere decir que sea por la misma causa o situación. Es pertinente, siempre analizar la historia de cada sujeto y a pesar de que hay muchos niños con los mismos síntomas, no necesariamente se está denominando que dicha situación que habla y hace ruido, sea motivada o se inscriba por la misma causa. El niño responde a esa historia, cómo este fue tomado y en qué lugar del deseo de la madre y del padre viene.

La realidad psíquica del sujeto está ordenada por un significante que tiene un carácter privilegiado para que opere el advenimiento del deseo. A este significante lo denominan fálico por ser valioso y generar en el sujeto una falta. El síntoma ocuparía el lugar de esa falta (Hegoburu, 2014; Lacan, 2011, p. 21).

Lo que comanda al sujeto, es el deseo. El deseo del sujeto encuentra un sentido en el deseo del Otro, su primer objetivo es justamente ser reconocido por ese Otro. El deseo, se manifiesta cuando el sujeto articula la cadena significante trayendo a luz su falta y el reclamo de recibir un complemento del Otro, entonces, el sujeto busca satisfacer un deseo produciendo un síntoma, sin entrar en el lenguaje. Este deseo, se encuentra sometido por el efecto de un significante que es la metáfora paterna, esta metáfora surge del deseo primitivo materno y resulta desconocido para el sujeto. Para Lacan, la producción del significado se da como un efecto metafórico, si el nombre del

padre falta el efecto metafórico no se llega a producir, lo que genera que no se produzca el significante falo. Es precisamente esto, lo que determina los síntomas psicóticos el nombre del padre se encuentra rechazado por el sujeto y no forma parte de la cadena significativa. Además, el deseo del Otro no se encuentra simbolizado, es decir, que la palabra del Otro no pasó al inconsciente del sujeto (Hegoburu, 2014).

Lo infantil, es en todos los casos lo que marca la dirección, no siempre es lo decisivo, esto es importante, debido a que lo que sucede en la infancia puede dejar huellas o no en los sujetos, puede ser determinante, pero no siempre va a ser lo que el sujeto no puede nombrar, lo que falta, es decir, la infancia siempre va a determinar lo que es un sujeto y puede generarle recuerdos imborrables, pero no todo eso que le sucedió va a ser lo que determinará su goce, eso que lo afecta. Los síntomas hablan por el sujeto, no obstante, él mismo no puede dar cuenta de su síntoma, es lo infantil reprimido lo que sí es decisivo, eso que quedó presuntamente en el olvido.

Freud, hace una alusión a lo sintomático en el texto de la *Neuropsicosis de Defensa*, como una reacción presente ante una contradicción interna del sujeto; una vivencia, una sensación que despertó un afecto tan penoso que la persona decidió olvidarla, un evento traumático que fue reprimido; en *Tres ensayos de Teoría Sexual*, nuevamente hace una entrada a lo sintomático, cuando hace una diferenciación fálica que se da entre el niño y la niña, trayendo consigo efectos en el psiquismo del sujeto, y ya no sólo se hablará entonces del método catártico, sino, de la asociación libre donde cada sujeto es responsable de lo que calla o dice de su historia. En el adulto entonces, se observarán las consecuencias de cómo afronto su sexualidad infantil, manteniendo correlación entre el momento edípico y los síntomas reprimidos (Freud, 1894; Muñoz, 2019).

Freud (1917), mencionará que la observación mostró que las vivencias infantiles son de gran importancia y comentó, además, que existen neurosis infantiles y son a partir de estas que se puede lograr una mejor comprensión de las neurosis de los adultos; por lo general, las neurosis de los adultos son una continuación directa de aquella enfermedad infantil.

El síntoma repite de algún modo aquella modalidad de satisfacción de su temprana infancia, desfigurada por la censura que nace del conflicto, por regla general volcada a una sensación

de sufrimiento y mezclada con elementos que provienen de la ocasión que llevó a contraer la enfermedad (Freud, 1917, p. 333).

Por su parte, Melanie Klein (1961), en el relato del historial de un niño de diez años, cuenta cómo los síntomas del paciente le impedían ir al colegio, el paciente presentaba miedos y ansiedades, era hipocondríaco y a veces tenía estados depresivos. A lo largo de las entrevistas, ella asocia la hipocondría del niño con la preocupación que le generaba a su madre cuando se enfermaba. Señala, que el paciente va experimentando alivio a medida que se levanta la represión de sus fantasías y logra expresarlas simbólicamente, propone traducir a un lenguaje concreto los deseos inconscientes del paciente (como se citó en Hegoburu, 2014). Es decir, no se aparta de lo postulado por Freud, en relación al lugar que viene a ocupar el síntoma, en eso que fue reprimido y que regresa en el niño. Además, estos síntomas portan una verdad que al ser puesta en la palabra va generando cierto alivio. En este caso, se puede observar cómo las situaciones vivenciadas por el niño influyeron en la producción de sus síntomas; en este paciente la relación con la madre fue una causa fundamental de sus conflictos, relaciona los miedos del niño con sus objetos internos. El síntoma, muestra la lucha del niño por conseguir una estabilidad para relacionarse con el mundo externo y se ve cómo la entrada en análisis del niño está determinada por los síntomas que presenta y que generan un malestar en su entorno familiar (Hegoburu, 2014).

Freud (1914b), desarrollaría la conceptualización de un caso, que puede ser expuesto como ejemplo en relación de explicar qué es el síntoma para el psicoanálisis y en la infancia, con el caso de la historia de una neurosis infantil *El Hombre de los Lobos*, expone el caso de Sergei Pankejeff, al que atiende de 1910 a 1914, quien tras haber contraído una infección gonorreica a los dieciocho años, había desarrollado una severa neurosis caracterizada por la parálisis de los movimientos intestinales necesarios para la defecación, depresión y trastorno obsesivo. Los diez años anteriores al contagio sexual, habían sido normales para el paciente, a pesar de esto, durante su infancia había sufrido una grave perturbación neurótica compuesta de zoofobia y trastorno obsesivo de contenido religioso.

Al respecto Sánchez (2018), expone una reconstrucción del caso Pankejeff, donde el paciente relata a Freud que, habiendo sido hasta los cuatro años un niño totalmente normal, sufrió

una alteración del carácter y se mostraba siempre descontento, excitable y rabioso; todo le irritaba y en tales casos gritaba y pateaba salvajemente. Esta transformación, parece coincidir en el tiempo con un miedo feroz a los animales que su hermana aprovechaba para atormentarle, solía mostrarle una estampa de un libro de cuentos en la que aparecía un lobo andando a dos pies, estampa que desencadenaba en él verdadero terror. Estos miedos, se transformaron en un trastorno obsesivo de contenido religioso. Antes de dormir, tenía que rezar durante horas, santiguarse numerosas veces y besar todas las estampas religiosas que colgaban de las paredes. Sin embargo, al tiempo que rezaba no podía dejar de blasfemar, lo que le obligaba por penitencia a prolongar infinitamente sus rezos. Así, por ejemplo, asociaba a Dios con las palabras cochino o basura y a la Santísima Trinidad con tres montones de estiércol. En aquella época, también ejecutaba un curioso ritual: cuando veía a algún mendigo o enfermo respiraba profundamente y luego expiraba como para expulsar de sí su mala influencia.

Pankejeff, comunica durante la terapia extraños sueños en los que aparece agrediendo a su hermana y arrancándole sus velos o algo así. Estos sueños, hacen emerger un recuerdo verdadero antitético, es decir, un recuerdo en el que era agredido por su hermana y quedaba cuestionada su masculinidad. Había ocurrido que a los tres años y medio su hermana le había cogido el miembro y había jugueteado con él, diciéndole que aquello era normal y que su amada criada lo hacía con todo el mundo. Cuando en la pubertad intentó aproximarse físicamente a su hermana y esta lo rechazó, el sujeto, para vengarse de ella, rebajarla y reafirmarse, se aficionó a las criadas, de inteligencia inferior a la suya.

El intento de seducción de la hermana, no le produjo sino asco, así que orientó su libido hacia la criada. Empezó a jugar con su miembro delante de ella, pero esta lo rechazó y le advirtió que a los niños que hacían eso se les quedaba en aquel sitio una herida. Es el primer aviso de castración, un elemento decisivo en la posterior investigación de Freud. Este fracaso, impidió su correcto desarrollo sexual y experimentó una regresión a la fase anal en su vertiente sádica, se dedicó a maltratar cruelmente a su criada y a los animales, arrancando las alas a las moscas, pisoteando escarabajos, cortando en pedazos las orugas... Sin embargo, también estaba presente el tipo masoquista de la fase anal: fantaseaba con niños a los que los azotaban en su miembro, esto nos lleva al tercer objeto de su corta vida sexual: su padre. Había pasado de su hermana a la criada, para terminar en su padre, al que molestaba con su maldad para obligarlo a castigarle.

Esta etapa de maldad y perversidad se trunca por causa de un sueño que le provocará en adelante una intensa angustia, es el sueño de los lobos, donde Pankejeff refiere: Soñé que era de noche y estaba acostado en mi cama. De pronto, se abre sola la ventana, y veo, con gran sobresalto, que en las ramas del grueso nogal que se alza ante la ventana hay encaramados unos cuantos lobos blancos. Eran seis o siete, totalmente blancos, y parecían más bien zorros o perros de ganado, pues tenían grandes colas como los zorros y enderezaban las orejas como los perros cuando ventean algo. Presa de horrible miedo, sin duda de ser comido por los lobos, empecé a gritar y desperté. Mi niñera acudió para ver lo que me pasaba, y tarde largo rato en convencerme de que sólo había sido un sueño: tan clara y precisamente había visto abrirse la ventana y a los lobos posados en el árbol. Por fin, me tranquilicé sintiéndome como salvado de un peligro, y volví a dormirme. El único movimiento del sueño fue el de abrirse la ventana, pues los lobos permanecieron quietos en las ramas del árbol, a derecha e izquierda del tronco, y mirándome. Parecía como si toda su atención estuviera fija en mí. Creo que fue éste mi primer sueño de angustia. Tendría por entonces tres o cuatro años, cinco a lo más. Desde esta noche hasta mis once o doce años tuve siempre miedo de ver algo terrible en sueños. El sujeto dibujó la imagen de su sueño tal y como la había descrito. (Freud, 1914; Sánchez, 2018).

Aunque el papel terrorífico del lobo en cuentos infantiles como Caperucita Roja, puede estar asociado al sueño la tenaz sensación de realidad con la que el sujeto lo experimenta, esto le indica a Freud que debe buscar en otro lugar diferente su significado. Cree, por sus estudios sobre la interpretación de los sueños, que la sensación de realidad revela que existe un material latente que aspira a ser recordado como real y no mera fantasía. La quietud de los lobos es a su vez la transfiguración por antítesis de algún episodio violento. Sus largas colas son símbolos fálicos y con ellas se relaciona una historia contada en aquella época por su abuelo en la que un lobo pierde la cola, otra vez, la castración. El lobo, por último, en tanto que inspira miedo y respeto, parece simbolizar al padre. Con todos estos elementos, Freud cree que el sueño esconde la contemplación a una edad temprana por parte de Pankejeff de la escena primordial, el coito entre sus padres. Además, en una posición especialmente significativa pues deja a la vista los genitales. El miedo al lobo, que tanto angustiaba a Pankejeff, era, según Freud, una advertencia del yo contra el secreto deseo de adoptar el papel de la madre, un papel sexualmente pasivo, homosexual y, por tanto, castrante (Sánchez, 2018).

Este caso, permite entender mucho de la conceptualización de los síntomas en la infancia y posteriormente en el adulto. El infantil sujeto, desde su pasividad recibe del adulto un cúmulo de palabras, acciones, normas, prohibiciones y deseos. El menor tomará algo, y estará enajenado a la posición donde fue ubicado por sus padres a esa cadena significativa. En lo sintomático de los padres, aparece lo sintomático del niño o la niña en sus primeros años, que devela como ya se mencionó, la verdad de esa familia y que en la adultez permanecerá presente en cada sujeto como muestra de eso que falta y que no se puede nombrar.

Es una idea común pensar que cada uno tiene las marcas de su infancia; podría decir, las marcas del tiempo uno, y a veces es verdad que esto es lo más singular que hay en cada quien. Hablar de marca no es hablar de la estructura; cuando hablamos de la estructura, o sea, del efecto del lenguaje, esto es algo que vale para cada uno y para todos, es un universal, si puedo decirlo, las marcas al contrario designan lo que se inscribe accidentalmente a través de las contingencias de la historia individual, lo que se inscribe de los accidentes de la vida y que, después de inscribirse, no se borra, es esto lo que llamamos marcas: una inscripción accidental que no se borra. Entonces la marca es lo que asegura la presencia perpetuada de las contingencias de la entrada en la vida de cada sujeto (Soler, 2014, p. 77).

Se precisa que las marcas no son en todos los casos traumáticas, por ende, no necesariamente todos los hechos que acompañan la vida de un sujeto serán generadores de síntomas, lo traumático se repite y genera displacer en el sujeto.

5.3 El trauma en la infancia

El trauma infantil es un fracaso inevitable, ya que el niño fracasa en ser querido de manera exclusiva, fracasa en el intento de aspiración a saber sobre el goce y fracasa en la aspiración a producir un niño, el factor primordial de estos fracasos del traumatismo es de los padres o cuidadores, debido a esos encuentros fallidos y no culpables, el adulto no puede responder con el lenguaje al requerimiento del niño (Soler, 2014).

Soler (2014), comenta que los traumatismos vienen de tres factores, las figuras del Otro, es decir eso que deviene de nuestros padres y nos marca, que nos producen variaciones individuales; los accidentes de la historia, es decir todo eso que no deviene del otro y que no dependen del mismo sujeto, si no de esa manera de respuesta que da el sujeto frente a esas primeras experiencias de goce y que nos fijan, y tercero a los factores nativos, factores éticos, morales, pero lo que más importa es la manera como cada individuo responde a lo real, a esos eventos que lo llevan a enfrentarse de una u otra manera a cualquier situación (pp. 85–88).

Aquello de lo infantil que generó un evento traumático, siempre va a devenir de alguna manera en el sujeto, los síntomas son un claro ejemplo de esta situación y los sueños, que también darán cuenta de cómo aquello que se cree olvidado, deviene al sujeto mientras duerme y su aparato psíquico, está por así decirse, en cierto grado de indefensión.

El análisis nos enseña que el deseo mismo que ha excitado al sueño, y del cual este se presenta como su cumplimiento, brota de la vida infantil, de modo que para nuestro asombro encontramos en el sueño al niño, que sigue viviendo con sus impulsos. En otro caso pude observar que el deseo excitador del sueño, aun siendo presente, recibe un poderoso refuerzo de recuerdos infantiles arraigados en lo profundo (Freud, 1900, p. 206).

Se insiste en el hecho de que lo infantil siempre va a acompañar al sujeto, los sueños son una realidad de estos deseos, que no fueron cumplidos o satisfechos en la infancia, saliendo a flote durante el resto de la vida, es decir, que todos esos eventos irrealizables o que quedaron como fuente de deseo del niño, van a brotar a lo largo de la vida del sujeto como sucede en los sueños. Es lo infantil o aquello que proviene de lo infantil, lo que será el motor de la formación del sueño, pero teniendo en cuenta, que no todos los sueños son claros y que devienen investidos, son sueños que son reprimidos porque producen displacer, son deseos inconscientes, mociones de deseo sexuales procedentes de la infancia las que experimentaron la represión, es decir, que quedaron en el inconsciente, probablemente dándose durante el complejo de Edipo.

Freud (1917), relacionaría los casos de dos de sus pacientes, mencionando que los síntomas de estas mujeres se remitían a eventos de su infancia, particularmente a la lactancia y que en sus conductas aparecían enfermedades, como las que las guerras provocan: Las neurosis traumáticas, que como él mismo lo aclara, no son lo mismo que las neurosis espontáneas, que aparecen en análisis; estas dan indicios de que tienen en su base una fijación al momento del accidente traumático y en los sueños de los sujetos que la padecen, aparece regularmente dicha situación traumática.

Laplanche y Pontalis (1996), definirían el trauma o traumatismo como un acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica. En términos económicos, el traumatismo se caracteriza por un aflujo de excitaciones excesivo, en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones y mencionarían que Freud en *Más allá del Principio de Placer*, referiría que para que exista trauma en sentido estricto, deben darse determinadas condiciones objetivas. Además, del acontecimiento, lo que confiere su valor traumático son determinadas circunstancias específicas: condiciones psicológicas en las que se encuentra el sujeto en el momento del acontecimiento, situación efectiva (circunstancias sociales, exigencias de la tarea que se está efectuando) que dificulta o impide una reacción adecuada («retención») y finalmente, sobre todo, según Freud, el conflicto psíquico que impide al sujeto integrar en su personalidad consciente la experiencia que le ha sobrevenido (pp. 447-448).

El trauma no se le adjudica a un evento catastrófico, como la guerra o un desastre natural o incluso la muerte de un ser querido, sino, que hay ciertas circunstancias que hacen que el evento tenga una carga energética sobre el sujeto. Sin embargo, un evento actual como los que se mencionaron, puede remitir a ese evento traumático que incluso se creía que estaba en el olvido y traer con él los síntomas. En consulta, se encuentran pacientes que en ocasiones relacionan sus síntomas con un evento actual, el cual les generó angustia, pero en sus relatos terminan hablando de un evento de su infancia que se asocia con el actual, es decir, que no todo evento es traumático, es sólo el desencadenante del evento traumático de origen.

Según Soler (2014), Freud describiría al trauma infantil como el fracaso inevitable de tres aspiraciones del niño: La aspiración del amor a ser querido de manera exclusivo, esto se da por los acontecimientos de la vida, ya que lo comparte con otros, un hombre, el padre, un hermano o la misma indiferencia de la madre. La aspiración a saber sobre el goce, sobre el sexo, cómo la pregunta sobre lo qué pasa en la cama de los padres, de los adultos. La aspiración a crear, que fracasa, la aspiración a producir un niño.

Ahora bien, Soler (2014), mencionaría que para Lacan el traumatismo infantil es para todos los niños, no sólo para algunos, es decir, el traumatismo es inherente al hablante y no proviene de una mala o buena disposición del Otro, de los otros, sino, que proviene del hecho del que el Otro, con el lenguaje no puede responder positivamente a los requerimientos del niño; de donde es culpa de la estructura del discurso que exista un trauma inherente al hablante, no culpa de los individuos, de los padres, de los otros, en plural, que encarnan al Otro de la estructura.

Con Freud, se podría pensar el traumatismo infantil, como el producto de un fracaso, de un evento que generó una carga libidinal alta en el sujeto y fue reprimido produciendo la aparición de síntomas, por su parte, con Lacan el traumatismo infantil no se produce en lo ocurrido o en lo que se puede recordar, sino en lo que faltó, y que en la adultez el sujeto no puede dejar de repetir, sin recordar.

5.4 La sexualidad infantil

En la mayoría de los seres humanos, se cubren los primeros años de su infancia hasta el sexto o el octavo año de vida, sin embargo, esas primeros años de vida y las impresiones que hemos olvidado, dejaron las más profundas huellas en nuestra vida anímica y pasaron a ser determinantes para todo nuestro desarrollo posterior, algo como lo que le sucede a los neuróticos, que algunas vivencias son reprimidas, pero que surgen a través de pensamientos constantes, a través de sueños o a través de enfermedades y sus causas están determinadas por el inconsciente porque son insoportables para el sujeto (Freud, 1905).

Una niña era sexualmente inocente a menos que hubiese sido traumatizada. Eran imposiciones externas, que se podían dividir en tres tipos: Primera, “experiencias sexuales violentas que afectan el propio cuerpo, aún relación sexual (en un sentido amplio), semejante a un coito, con excitación o estimulación real de los genitales, que desembocan en un abuso sexual o un intento de violación y que de golpe descubre la brutalidad del placer genital. Segunda, ser testigo involuntario del acto sexual de los padres, acto que irrumpe como algo horrible y que hiere el sentido moral infantil; y, tercera, vivencias curiosamente insignificantes, como ser rozada en los muslos por casualidad, escuchar ruidos, palabras de doble sentido o insinuaciones equívocas, pero que permiten intuir de manera indirecta la posibilidad de algo prohibido, obsceno (Figuroa, 2014, p. 85).

Estas experiencias infantiles son reprimidas y no permanecen conscientes; los abusos sexuales que se dan en la infancia, por ejemplo, permanecen en el olvido durante los primeros años de vida, sin embargo, la excitación generada por el despertar de la pubertad, carga afectivamente a los recuerdos ligados a los antiguos sucesos traumáticos. Vale decir, para que estos se tornen patógenos, se necesita que se estimulen por un segundo trauma en los años postpuberales, es decir, que los eventos traumáticos que se producen en la infancia y que permanecen en el olvido, no desaparecen, sino que quedan reprimidos y en algunos de los casos son productores de síntomas en los sujetos y mucho más, cuando otro evento traumático en la adultez se produce.

Figuroa (2014), hace unas conclusiones respecto a lo mencionado y a la teoría de la seducción sexual infantil de Freud, comentando que los traumas sexuales tempranos provocan trastornos emocionales en adultos, los recuerdos permanecen reprimidos hasta que una segunda vivencia posterior los estimula y les confiere su valor patógeno. Lo traumatizante, no es simple excitación, sino elaboración, conjunto de operaciones mentales profundas que configuran retrospectivamente la memoria híperestimulada, el recuerdo de la experiencia es el agente últimamente traumático. Esta sexualidad, donde están comprometidos los adultos, especialmente el padre y la madre, tiene gran inherencia en la familia, en donde se recibe inicialmente al niño o a la niña y que viene a ocupar un lugar, el cual está determinado por lo que deviene de ambos padres y de lo que les fue otorgados a ellos por sus familias.

Es por lo anterior, que el psicoanálisis ha realizado una distinción entre la actividad sexual animal y la vida sexual de los seres humanos. En los animales, esta sexualidad se rige por el instinto, pero en los seres humanos, se habla de impulso sexual o de lo que se conoce como pulsión, además, se asume el hecho de que la sexualidad humana no se reduce a la genitalidad, sino que esta, tiene como meta, alcanzar una ganancia de placer, que no se reduce a la reproducción o conservación de la especie, sino, que es la satisfacción de la pulsión sexual, que es aquella que se manifiesta en los primeros años de vida.

La sexualidad infantil, pasó para muchos de largo, pero si en la infancia sucedieron acontecimientos como la masturbación, erecciones o acciones parecidas al coito, eran solo vistas cómo curiosidades, sucesos excepcionales o ejemplos de temprana corrupción. Algunos autores, incluso, que se han encargado de estudiar las reacciones del individuo adulto, han prestado su atención a la prehistoria constituida por la vida de los antepasados, pero no se han enfocado en la prehistoria infantil, la de cada sujeto y omiten o no reconocen con claridad la existencia de una pulsión sexual en la infancia y no tratan el desarrollo sexual del niño, lo ven horroroso. Ahora bien, se menciona que en periodo de latencia se forman los diques: asco, vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral, los cuales cumplen la función de desviar la pulsión muchas veces en favor de la cultura, esto es conocido como sublimación (Freud, 1905).

Se puede expresar entonces, que la formación de diques en el menor, implicaría que el objeto de deseo cambie, es decir, que pueda ser dirigido a otras metas, siempre y cuando se cumpla la función paterna, pero esto dejará una falta generadora de síntomas por el proceso de represión.

Freud (1905) nos indicaría que hay algunas exteriorizaciones de la sexualidad infantil: El chupeteo: aparece en el lactante y puede conservarse hasta la madurez o persistir toda la vida. Consiste en la succión con la boca repetido rítmicamente y no tiene como fin la nutrición, este evento puede incluso pasar al tocamiento de otras partes del cuerpo e incluso por esta vía muchos niños pasan del chupeteo a la masturbación. El autoerotismo: los menores dirigen su pulsión hacia sí mismos, es decir, que el placer que sintieron inicialmente con el seno de su madre y que trascendió de la necesidad de alimentarse, ahora pasa a otra parte de su propio cuerpo.

Para Freud (1905) la meta sexual infantil consiste, en producir la satisfacción mediante la estimulación apropiada de la zona erógena que, de un modo u otro, se ha escogido y que para que se cree una necesidad de repetirla, debió haberse vivenciado antes esta satisfacción, por ejemplo, en el caso de la zona labial consistía en el mamar y fue sustituida por otra acción muscular acorde con la posición y la complejidad de las otras zonas (pp. 167-168).

Con lo anterior, se indicaría que en los primeros años de vida se da la activación de la zona anal y la activación de las zonas genitales. En la zona anal, al igual que la zona de los labios, la erogenización se apoya en funciones corporales, sectores, además, con un alto valor erógeno. En la infancia, los trastornos intestinales, procuran excitaciones en esta zona, ya sea por constipación o por múltiples evacuaciones, por ejemplo, los niños juegan expulsando y reteniendo sus heces provocando una sensación de estimulación. En la zona de los genitales por su parte, las activaciones sexuales de esta zona erógena, son el comienzo de la posterior vida sexual. Estas zonas por las secreciones, lavados y cuidados higiénicos son de mucha excitación y sensaciones placenteras (Freud, 1905).

Se distinguen tres fases en la masturbación infantil, la primera corresponde al tiempo de lactancia, la segunda se desarrolla hacia el cuarto año y la tercera en la pubertad. Si el onanismo de lactancia desaparece, puede volver a presentarse la pulsión sexual en esta zona cerca de los cuatro años, hasta que una nueva sofocación la detenga, o bien, puede seguir sin interrupción y si continúa ininterrumpidamente hasta la pubertad es problemática, ya que indica una excitación que no pudo ser sofocada o reprimida (Freud, 1905).

La segunda activación sexual infantil según Freud (1905), deja huellas inconscientes profundas que determinan su carácter y la sintomatología de la neurosis. La vida sexual infantil, muestra componentes pulsionales que, a pesar del lugar privilegiado de las zonas erógenas, son la pulsión del placer de ver y de exhibir, y el de la crueldad, que aparecen con independencia de las zonas erógenas, y más tarde entran en relación con la vida sexual. “El niño pequeño tiene curiosidad de ver los genitales de otras personas, quiere exhibir su cuerpo y andar desnudo por la casa. Luego, la vergüenza pone un dique, y los niños se convierten en mirones” (Goldin, 2018, párr. 18).

Por último, el periodo de Latencia, que aparece luego de las fases oral, anal y fálica y va desde los cinco, seis o siete años hasta más o menos los doce, cuando comienza la pubertad, tiempo en el que se da la represión y en el que el niño entra en la escolaridad, la pulsión de saber posibilita el aprendizaje

Para completar el cuadro de la vida sexual infantil, es preciso agregar que a menudo, o regularmente, ya en la niñez se consuma una elección de objeto como la que hemos supuesto característica de la fase de desarrollo de la pubertad. El conjunto de los afanes sexuales se dirige a una persona única, y en ella quieren alcanzar su meta. He ahí, pues, el máximo acercamiento posible en la infancia a la conformación definitiva que la vida sexual presentará después de la pubertad. La diferencia respecto de esta última reside sólo en el hecho de que la unificación de las pulsiones parciales y su subordinación al primado de los genitales no son establecidas en la infancia, o lo son de manera muy incompleta. Por tanto, la instauración de ese primado al servicio de la reproducción es la última fase por la que atraviesa la organización sexual (Freud, 1905, p. 181).

Freud (1909), en relación a la sexualidad infantil, realizaría el análisis de una fobia de un niño, el caso del Pequeño Hans. Los niños, se cuestionan por su cuerpo y lo que posee el otro (hombre y mujer), sobre todo, esos cuestionamientos se centran en el pene y en el temor de perderlo o de haberlo perdido (complejo de castración). Es así, como el pequeño Hans, muestra curiosidad por su pene y lo nombra “el hace pipí” y así cada animal u objeto donde se observe una particular similitud con su pene, le generará curiosidad.

Ahora bien, no sólo se puede observar este complejo, sino también el ya mencionado complejo de intrusión, al que Freud (1909) hace alusión: el gran acontecimiento en la vida de Hans es, empero, el nacimiento de su hermanita Hanna, su comportamiento anotado enseguida por su padre, el cual refiere, Hans se muestra muy celoso con la recién venida, y cuando alguien la alaba, la encuentra linda, dice enseguida, burlón: “Pero si todavía no tiene dientes”. En efecto, cuando la vio por primera vez quedó muy sorprendido de que no pudiera hablar, y opinó que no podía hacerlo porque no tenía dientes. Los primeros días, como es lógico, quedó muy relegado, y de pronto contrajo una angina. En medio de la fiebre se le oyó decir: Pero si yo no quiero tener ninguna

hermanita. Pasado medio año, más o menos, quedaron superados los celos, y él se vuelve un hermano tan tierno como consciente de su superioridad.

Los niños en sus primeros años de vida, no sólo sienten curiosidad por sus partes íntimas y las de los demás niños y niñas, sino, que sus sentimientos y pulsión sexual son dirigidos a los otros, sin distinción de sexo, es decir, que pueden ser de carácter homosexual. El infantil sujeto, empieza a observar características del otro y las va diferenciando, pero, como en el caso de Hans, en ocasiones asume en cuanto al pene que la niña no es que carezca del mismo, sino que lo tiene un poco más pequeño. Asimismo, un hecho de igual manera relevante, es cómo para el niño en sus primeros años hay situaciones que le generan placer, cómo el ser observado cuando está haciendo pipí, aunque luego, esto le produzca vergüenza, es decir, que hay cierta represión de estos deseos.

En el caso del pequeño Hans, su padre le manifiesta a través de una carta a Freud que él y su esposa se encuentran muy angustiados porque el menor ha desarrollado un temor a los caballos, específicamente a ser mordido por uno de estos en la calle y menciona, “sin duda ha sido una hiperexcitación sexual por ternura de la madre, pero no sé indicar el excitador de la perturbación” (Freud, 1909). Se presentan también algunos sucesos importantes en relación a lo anteriormente mencionado sobre lo traumático y la sexualidad infantil, uno de esos sucesos es el de la represión, que es precisamente el mecanismo que transforma en displacer aquello que alguna vez fue placentero y que es, a partir de allí, que se da la aparición de síntomas.

6. Conclusiones

Cuando se está frente a un niño, se ve un reflejo de eso que se perdió, de lo que quedó por resolver, de aquello que anhelamos volver a ver o no, quizás, tenemos frente a nosotros un espejo, la marca que quedó y que se repite en nuestra adultez, por esto, resonaría la pregunta: ¿Qué es la infancia? Precisamente, es este pequeño individuo, el niño, el que incita a pensar los temas que en él circundan. Por ende, en la cultura, encontramos adultos que anhelan ser padres o no, que desean trabajar con niños o no, que desean para este buenas o malas cosas y no necesariamente sujetadas a una experiencia traumática, sino, que más bien, la infancia por sí misma, ya mueve algo en el adulto.

Por lo anterior, para esta monografía se partió de la pregunta *¿Qué es la infancia para el psicoanálisis?* Desde aquí, nació el querer cuestionarse por esa etapa de la vida que no pasa de largo para ninguna persona y que aún en la adultez quedan rasgos de lo que se vivenció, de lo que tomamos de esta y de lo que, a través de nuestros síntomas, damos cuenta que hemos reprimido, pero que no quedó completamente en el olvido.

Al introducirse en lo que atañe al concepto de infancia, se podría puntuar que en la época actual, hay un afán por el bienestar del niño, el estar bien, el sentirse bien a toda costa, ya no hay tiempo para la tristeza, para que el niño experimente sus emociones, para lo que les incomoda o para preocuparse por lo que cada niño demanda, ya no hay tiempo para el juego, el compartir, la palabra o la escucha, ahora no ocupan un lugar las solicitudes de los menores y algunos ideales culturales como el del consumo, se sobreponen, para tratar de llenar la falta, los deseos pasan de largo, no se sostienen, son imperativos.

Ahora bien, si se pensara que el concepto de infancia se define a partir de lo que se le fue entregado a cada una de las personas en sus primeros años de vida y lo que cada una de estas mismas tomó o leyó de dicha experiencia, se rompería con la unidad, pues es la definición única de infancia la que se ha tratado de hacer desde que se le dio un lugar al niño en la sociedad, pero esto, en la época actual, sólo ha motivado a los diagnósticos y a la medicación, porque es más fácil dar una definición única a aquello que nos incomoda, que nos remite al encuentro con nosotros

mismos y por ende, silenciarlo es lo más factible, porque poco queremos saber de nosotros mismos. Incluso, al ignorar que no hay una, sino diferentes infancias. Esto ha llevado a la idealización de los niños o a la incomodidad frente a ellos, donde quizá el adulto, ha tratado de invisibilizar algo del infante.

El psicoanálisis, permite comprender que el niño no es una persona pasiva que actúa desde el lugar que sus padres, la sociedad o la cultura le asignen, sino que también es una persona activa en su construcción psíquica, que toma algo en orden a sus propios deseos, son esas elecciones las que le brindaran la constitución de su propia realidad. El psicoanálisis convoca, a actuar sobre todas las instancias y fenómenos que rodean al niño, involucrando y trabajando con los padres, familiares, maestros, médicos, psicólogos y entre otros sujetos, que acompañan al menor en lo que concierne a su vida.

En esta vía, los diferentes autores abordados, permiten clarificar el concepto de infancia, dando cuenta que, aunque lo biológico es importante en el ser humano, no es necesariamente lo único que conceptualizaría a la infancia, pues se debe partir de que la infancia es la muestra de lo subjetivo, de lo particular en cada individuo y de las elecciones que como sujetos del inconsciente se hacen.

Sin embargo, en la infancia el adulto cumple con algunos de los factores más importantes en la vida de los niños; debe responder no sólo a las necesidades físicas del menor en sus primeros años de vida, sino, también, a las psíquicas, es aquí, donde el niño deberá constituir una imagen unificada de sí, carecerá de significados, se le dificultará hacer una diferenciación entre lo interno y lo externo, instaurará la represión primaria, se crearán los diques y construirá un deseo propio. Aclarando que el adulto es el receptor y transmisor de lo que impone la época y la cultura, es decir, de las normas, los ideales y los valores que definirán a ese infantil sujeto y el infantil sujeto como ya se mencionó, también tomará algo de acuerdo a lo que se le fue entregado.

La infancia constituye todo aquello que influye en el devenir de un niño, en el contexto, en sus circunstancias, por ende, la época y la cultura deberían apuntar hacia la responsabilidad del adulto, y su participación en la constitución de los niños, para promover en los diferentes espacios

donde converge la vida de ellos el juego, la palabra, los límites y demás, donde el adulto aloje las demandas del niño, pero a su vez, permitiendo que este sepa qué hacer con sus síntomas y construya un deseo propio.

Para concluir, se permite dar cuenta en este recorrido conceptual, histórico y teórico, que la infancia responde a lo que cada niño trae consigo y es representado por el mismo, a través del juego, de las conductas, de sus decires, de sus silencios, de sus palabras sueltas, en ocasiones sin sentido, pero que aparecen en todos los espacios donde estos convergen, ya sea en sus colegios, jardines y en los consultorios psicológicos, donde dan cuenta que la infancia no es una, es múltiple, es diversa, es cada niño y dentro de este campo teórico quizá hasta singular. El niño viene con una verdad familiar (la de su padre y madre), con una época, con una cultura que le permitirá hacer una elección propia.

Referencias

- Acuña, E. (2018). La infancia desde la perspectiva del psicoanálisis: Un breve recorrido por la obra clásica de Freud y Lacan; Klein y los vínculos objetales. *Tiempo Psicoanalítico* 50 (1), 325-353.
- Alejandría Academy (s.f.). *Pedagogía del siglo XX: Aportaciones y métodos de los principales pedagogos y pedagogas del siglo XX*. <https://bit.ly/3ZtepGX>
- Álvarez, P. (2009). Hacia una clínica del estrago. *Consecuencias, Revista Digital De Psicoanálisis, Arte Y Pensamiento*, 3. <https://bit.ly/3m6y94Z>
- American Psychological Association [APA]. (2020). *Publication Manual of the American Psychological Association* (7^a ed.). American Psychological Association.
- Aranda, N (2015). *Familia y Desarrollo infantil*. Facultad de psicología. UBA.
- Aries, P. (1984). La Infancia. *Revista de Estudio*, 6 (281), 2-8. <https://bit.ly/3Zo7dvV>
- Aries, P. (1987). *La historia del niño y la familia en el antiguo régimen*. Taurus.
- Barros, C. (2019). Epopeyas de la infancia: el valor del niño. *Egiptología* 2 (17), 60-66. <https://bit.ly/3EJOHX3>
- Baumgarten, V. (2009a). El complejo de destete. *PsicoBlog de Valentín Baumgarten Psicoanalista*. <https://bit.ly/3Y8TSGC>
- Baumgarten, V. (2009b). El complejo de intrusión. *PsicoBlog de Valentín Baumgarten Psicoanalista*. <https://bit.ly/3J8HUJb>
- Bernal, H. (2013). El deseo de la madre: insaciable, devorador y estragante. *Bernal tiene un blog: Un blog sobre psicoanálisis Lacaniano*. <https://bit.ly/3KNsRpv>
- Dickens, C. (2002). *Oliver Twist* (1837). Editorial Gente Nueva.
- Dolto, F. (2021). *La causa de los niños* (1986). Paidós.
- Etimologías de Chile (s.f.). *Infancia*. <http://etimologias.dechile.net/?infancia>
- Fernández, S. (2009). *El hombre un estrago para su hija: Cómo responder a las expresiones sexuales desdoradas en niños, niñas y adolescentes*. Editorial Corporación Ser Especial.
- Figueroa, G. (2014). La seducción sexual infantil: Revolución y repercusiones de la teoría de Freud. *Revista Médica De Chile* 142 (1), 84-89. <https://bit.ly/3m5bHZZ>
- Freud, S. (1976a). 17^a Conferencia: El sentido de los Síntomas (1916a). En Obras completas Sigmund Freud, (1 ed., V. XVI, 235-249)- Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1976b). 23^a Conferencia: Los caminos de la formación de síntoma (1916b). En Obras completas Sigmund Freud, (1 ed., V. XVI, 326-343)- Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1976c). Sobre la psicología del colegial (1914a). En Obras Completas Sigmund Freud, (1 ed., V. XIII, 243-250). Amorrortu Editores.

-
- Freud, S. (1991). La Interpretación de los Sueños (1900). En Obras completas Sigmund Freud, (1 ed., V. IV, 204-232). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992a). ¿Por qué La Guerra? (1932a). En Obras Completas Sigmund Freud, (1 ed., V. XXII, 179-198). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992b). Análisis de la Fobia de un niño de cinco años (1909). En Obras completas Sigmund Freud, (1 ed., V. X, 1-118). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992c). De la historia de una neurosis infantil (1914b). En Obras completas Sigmund Freud, (1 ed., V. XVII, 1-112)- Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992d). El Malestar en La Cultura (1929). En Obras Completas Sigmund Freud, (1 ed., V. XXI, 57-140). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992e). Nuevas conferencias de Introducción al Psicoanálisis (1932b). En Obras Completas Sigmund Freud, (1 ed., V. XXII, 104-126). Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1992f). Tres Ensayo de la Teoría Sexual (1905). En Obras completas Sigmund Freud, (1 ed., V. VII, 109-224). Amorrortu Editores.
- Frigerio, G. (2008). *La División de las infancias*. Del estante editorial.
- Gellner, E. (2001). *Naciones y nacionalismo* (1983). Alianza Editorial.
- Genta, G. (2006). Anotaciones para una historia de la pediatría y la puericultura. *Iatreia* 19 (3), 296-304. <https://bit.ly/41yyugS>
- Goldin, L. (2018). La Sexualidad Infantil en Freud (II). *Intervenciones y Efectos*. <https://bit.ly/3IEfWn1>
- Gomá, F. (1977). *Conocer FREUD y su obra*. Dopesa.
- Grippio, J. (2016). El Gran Otro. *Psiconotas*. <https://bit.ly/3SCNixG>
- Hardmeier, L. (2014). Cuando lo familiar es lo que angustia. <https://bit.ly/3SzVMPy>
- Hegoburu, A. (2014). *Síntoma y sujeto en Psicoanálisis*. [Trabajo Final de Grado]. Facultad de psicología, Universidad de La Republica de Uruguay.
- Kant, I. (1998). *¿Qué es la Ilustración?* (1784). Editorial Ercilla.
- Lacan, J. (1978). *La Familia* (1938). Editorial Argonauta.
- Lacan, J. (1993). Dos notas sobre el niño (1969). En *Intervenciones y Textos 2*. Manantial Ediciones.
- Lacan, J. (1994). *El seminario de Jacques Lacan Libro 4: La Relación de Objeto* (1956-1957). Paidós.
- LaPlanche, J. & Pontalis, J. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Paidós.
- López, Y. (1998). *La familia una construcción simbólica: de la naturaleza a la cultura*. Facultad de ciencias sociales y humanas. Departamento de psicoanálisis. UdeA.

-
- Lora, M. E. (2003). El niño y la familia desde el psicoanálisis. Una aproximación lacaniana. *Ajayu Órgano de Difusión Científica del Departamento de Psicología UCBSP* 1 (2), 25-28. <https://bit.ly/3KIEKgk>
- Mena, B. (2009). Pedagogía, sociedad y crisis educativa: Un proceso a la escuela del siglo XX. *Aula*, 4, 83-103. <https://bit.ly/3kylHeR>
- Minnicelli, M (2009). Infancia, signifiante en falta de significación. *Educação em Revista UFMG* 25 (1), 179-202. <https://bit.ly/3J1tWsw>
- Minnicelli, M (2013). ¿Qué es «eso» llamado infancia? *Letra Urbana*, 13. <https://bit.ly/3YmlCIh>
- Muñoz, N. (2019). *El síntoma en el niño, una perspectiva Psicoanalítica*. [Monografía para obtener el título de especialista en psicopatología y estructuras clínicas]. Facultad de ciencias sociales y humanas. Departamento de psicoanálisis. UdeA.
- Nájera, V (2015). *Función Simbólica de la Familia y su relación con la Sociedad y la Cultura*. Facultad de filosofía, letras y ciencias de la educación. Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.
- Peláez, G. (2011). ¿De qué sufre el niño?. *Revista Electrónica Psyconex* 3 (4), 1-8. <https://bit.ly/3EDZceb>
- Peláez, G. (2012). Historia del niño desde el psicoanálisis. *Revista Infancias Imágenes* 11 (1), 120-126. <https://bit.ly/3Y6qOQ8>
- Real Academia Española. (s.f.). Infancia. *Diccionario de la lengua española*. <https://dle.rae.es/infancia>
- Rettich, J. (2016). *Un análisis crítico sobre la noción de experiencia*. IX Jornadas de Sociología. UNLP. <https://bit.ly/3IYyYWB>
- Rojas, J. (2010). *Historia de la infancia en el Chile republicano (1810-2010)*. Junji.
- Rojas, X. & Lora, M. (2008). El niño como sujeto desde el Psicoanálisis. *Ajayu* 6 (2), 231-247. <https://bit.ly/3Swyv13>
- Sánchez, C. (2018). *Recuerdos Silenciados: Percepción de la niñez en la Grecia antigua*. [Informe para optar al Grado de Licenciada]. Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
- Sánchez, E. (2018). El hombre de los lobos, un caso paradigmático en psicoanálisis. *La mente es maravillosa*. <https://bit.ly/3Y0ZJ0Q>
- Sarraillet, M. (2020). La dimensión del síntoma en el psicoanálisis de Lacan. *El Rey Esta Desnudo, Revista Para El Psicoanálisis Por Venir* 16 (13), 191-200. <https://bit.ly/3y0Y153>
- Soler, C. (2014). *Lo que queda de la infancia*. Colección Un-decir.
- Toro, G. (2013). *MALDAD, análisis de la película Solo contra sí mismo*. <https://bit.ly/3Y7nPa4>
- Velásquez, J. (2007). *El niño en los inicios del siglo XXI*. Curso de Introducción al psicoanálisis. Nueva Escuela Lacaniana NEL.

Vergara, A [et. Al.]. (2015). Los niños como sujetos sociales: el aporte de los nuevos estudios sociales de la infancia y el análisis crítico del discurso. *Revista Digital Psico Perspectivas* 14 (1), 55-65. <https://bit.ly/3xWq3OT>

Zúñiga, M., & Lora, Y. (2014). Reconsiderando la historia sobre los niños. Reseña de Los niños olvidados: Relaciones entre padres e hijos de 1500 a 1900 de Linda Pollock. *Edähi Boletín Científico De Ciencias Sociales Y Humanidades*, 3 (5) 41-50. <https://bit.ly/3ZJ4rSj>